

PERIOLIBROS





BADR CHÁKER EL SAYYAB

EL RÍO Y LA MUERTE

Antología poética

Traducción: Federico Arbós

Ilustraciones: Ana Eckell

Página/12



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

AEROPUERTOS ESPAÑOLES Y NAVEGACIÓN AÉREA (AENA)

◆

BACARDI Y CÍA. S.A. DE C.V.

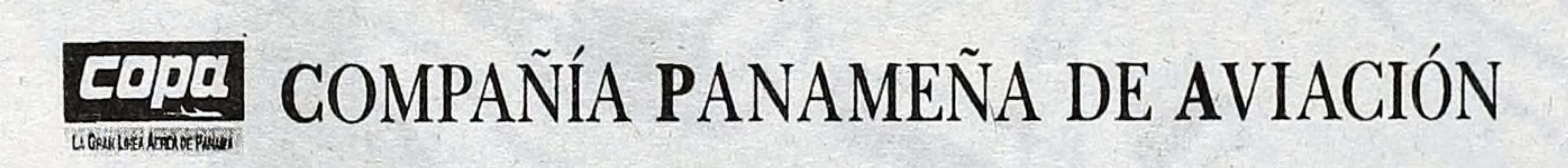
◆

BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO

◆

BANCO SANTANDER

◆



◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

MERCEDES-BENZ

◆



◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

BADR CHÁKER EL SAYYAB

Entre 1947 y 1951 se publicó en Bagdad una serie de poemas de jóvenes autores iraquíes que formaron la que más tarde se denominó generación de los años 50 o escuela del verso libre. Ésta dio inicio a una profunda reforma lírica árabe, lo mismo en la métrica que en la expresión conceptual a través de una nueva visión artística de la realidad que se vivía hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de aquellos nuevos escritores procedía del centro de enseñanza más activa y progresista del país, la Escuela Superior del Magisterio de Bagdad, donde los estudiantes recibieron una sólida formación en las literaturas árabe e inglesa; después, al lado de periodistas, profesores y escritores, participaron en los acontecimientos de la Revolución Republicana de 1958.

Uno de los más destacados miembros de esa generación fue Badr Cháker El Sayyab (Xaikor, 1926 - Kuwait, 1964), poeta de todos los días, que desde muy joven y hasta el último momento de su penosa vida, escribió entre la cárcel y la deportación, entre la guerra y el hambre, y con el acoso de la persecución constante por haberse afiliado, primero, al partido comunista iraquí y más tarde al nacionalismo árabe. Tras el triunfo de la revolución del 58, Sayyab pudo reintegrarse a su puesto de maestro rural: regresó de su destierro en Kuwait, pero la parálisis corporal lo obligó a enfrentarse a otra peregrinación, esta vez por clínicas europeas y árabes, Roma, Londres, Beirut, Kuwait. Los temas de impotencia y rebelión se hicieron de nuevo presentes, engarzados con aquellos de solidaridad y esperanza, que conformaron cerca de un centenar y medio de poemas, algunos considerablemente extensos, con tonos que comunican la tensión constante entre los parámetros íntimos de amor y de paz fraterna y la imparable carrera de la ambición, la beligerancia y la desgracia. No obstante los ecos del desconsuelo y el abatimiento, en Sayyab la letra también es vehículo para la alternancia de versos en que se funden, con influencias de algunos poetas ingleses como T. S. Eliot y Edith Sitwell, lo mismo mitos ancestrales que canciones, cuentos populares y conversaciones. El resultado es una poética renovadora, donde, por ejemplo, en la misma resurrección de Cristo, se ve la luz de las raíces culturales comunes de esos pueblos que van desde el litoral mediterráneo oriental (Adonís, Tammuz e Ishtar) hasta el corazón de la Mesopotamia.

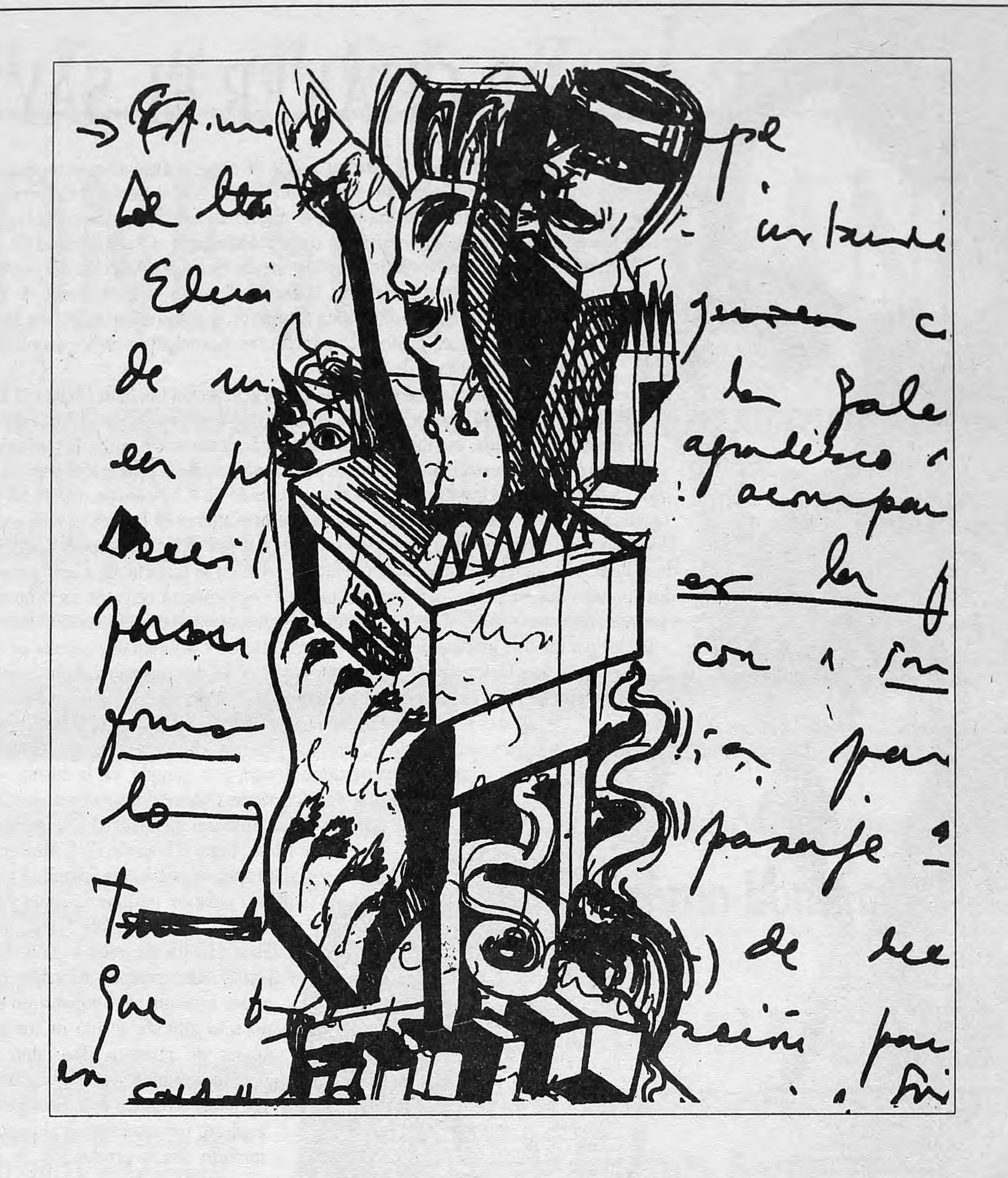
La creación poética de Sayyab se reunió en varios libros, algunos póstumos, como *Flores y leyendas* (1974), *El templo hundido* (1962), *La canción de la lluvia* (1960), *Las celosías de la hija del marqués* (1964). La presente selección que ofrecemos ahora al lector hispanohablante tiene como fin no sólo difundir a uno de los grandes poetas árabes de nuestros días, sino establecer un puente de unión entre su cultura y la nuestra. La publicación de esta entrega representa un modesto reconocimiento al importante trabajo iniciado con la producción de los periolibros de autores árabes en esos países (cuyo proyecto lleva el nombre de *Kitab Fi Jarida*), paralelamente a lo que ha sido este proyecto en los países iberoamericanos. La presente antología de Badr Cháker El Sayyab, elaborada por el también poeta iraquí Chawki Abdelamir, lejos de ser una recopilación cronológica, recoge un significativo ramo de la voz rota de Sayyab, quien, asediado por la muerte, no cesó de cantar y contarnos sus ansias de justicia y luz.

Cabe señalar, que *Kitab Fi Jarida*, en una de sus próximas entregas, difundirá en los países árabes la poesía de un creador iberoamericano como muestra de un intercambio intercultural entre ambas regiones.

ANA ECKELL

Pintora, dibujante, grabadora e ilustradora, Ana Eckell nace en 1947 en la ciudad de Buenos Aires. Estudia en las escuelas nacionales de Bellas Artes Manuel Belgrano y Prilidiano Pueyrredón.

Ha expuesto en numerosos museos y participado en importantes bienales. En 1997 obtuvo el premio Constantini, actualmente la artista radica en Argentina.



Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario (el "Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

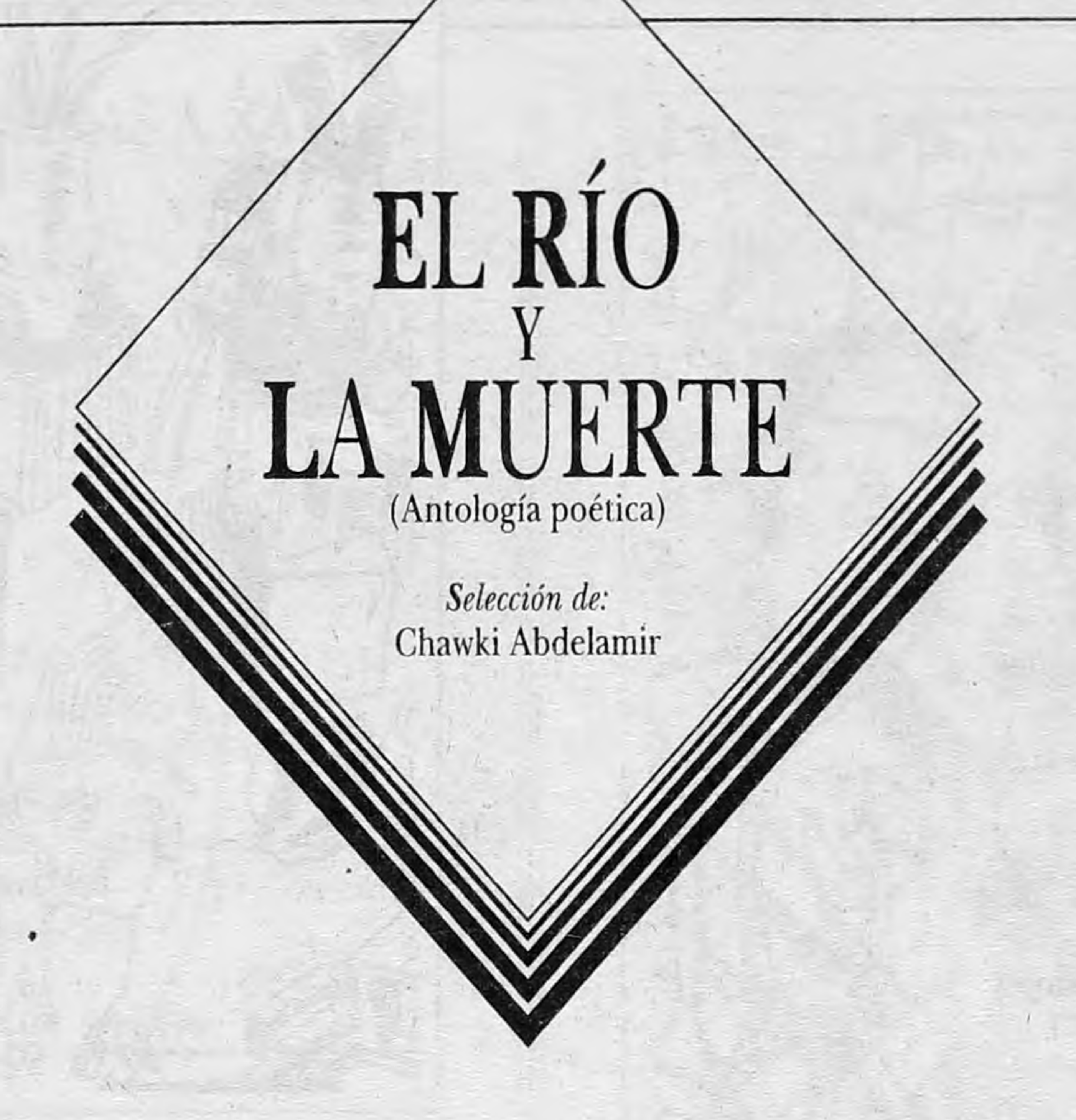
Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle**
Asesor Editorial **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia,** Bolivia; **La Nación,** Chile; **El Espectador,** Colombia; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy,** Ecuador; **La Prensa Gráfica,** El Salvador; **ABC,** España; **El Periódico USA,** Estados Unidos; **Vista,** Estados Unidos; **La Prensa,** Honduras; **Aurora,** Israel; **Organización Editorial Mexicana,** México; **La Prensa,** Nicaragua; **La Estrella de Panamá,** Panamá; **El Sol,** Perú; **Diário de Notícias,** Portugal; **Diálogo,** Puerto Rico; **Listín Diario,** República Dominicana; **La República,** Uruguay; **El Nacional,** Venezuela.
Periolibros: Apartado Postal 105-133, Col. Anzures, C.P. 11591, México, D.F.

PERIOLIBRO No. 59
Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / Agosto de 1997



EL RÍO Y LA MUERTE

(Antología poética)

Selección de:
Chawki Abdelamir

De *Flores y leyendas*

LIBRO DE POEMAS

A las metáforas que tomé prestadas
para mis poemas

Por las páginas del libro de poemas
henchido de amorosos versos
que de mano en mano se pasan las doncellas,
la pasión y la esperanza vagan
mientras aletean en sus márgenes los besos,
y al encuentro con los suyos vuelan
mis suspiros fervientes.
Libro de poemas henchido de amorosos versos,
que de mano en mano se pasan las doncellas.
¿A quién de nosotras ama?
–dicen al escuchar el llanto y las quejas–.
Y embelesadas buscarán por páginas y líneas,
agitados de pena los pechos, estremecidos
por las confidencias que recorre la mirada.
Quizá lo lea también la que me tiene embrujado
y una vez más se siga preguntando:
¿A quién de nosotras ama?
Libro mío de poemas, dueño de su virginidad,
tal vez le hayas traído el recuerdo
de su amado lejano
y hayas sentido jirones y ecos de suspiros,
el roce de sus labios.
Tal vez, apoyado tú entre sus senos,
haya pasado su mano por tus hojas,
ya casi vencida por el sueño.
Libro mío de poemas, dueño de su virginidad,
tal vez le hayas traído el recuerdo
de su amado lejano.
¡Ay, si fuera yo ese libro mío para huir de pecho en pecho,
preso de envidia le hubiera dicho: ojalá me ame quien te ama!
¿Acaso no es para ti el líquido de las copas
y para mí las heces,
no eres tú imperecedero y yo mortal?
¡Ay, si fuera yo ese libro mío para huir de pecho en pecho!
Yo pasaré las noches en vela y llantos,
tú bajo almohadas de muchachas núbiles.
¿O no tienes nada que ver conmigo?
¿Cómo gozas de tan buena fortuna,
siendo yo tan desgraciado?
En él puse todo mi corazón,
de él salí sin recibir el bautismo del amor.
¿Seguiré pasando las noches en vela y llantos,
y tú bajo almohadas de muchachas núbiles?

26. III. 1944

De *El templo hundido*

AJIMEZ DE WAFIKA

I
Ajimez de Wafika en medio de la aldea
que a la plaza se asoma embriagado
(Como Galilea, a Jesús espera
para echar a andar) y abre
sus hojas de madera
–Icaro seca al sol sus plumas
de águila y alza el vuelo,
mas el horizonte lo captura y arroja
en el sepulcro abismal del mar–.
¡Ajimez de Wafika, árbol
que respira en la clara noche oscura,
mientras los ojos a su lado esperan!

Esperan que florezcan los manzanos,
cuando en la canción del Buwaib
el viento repite los sones del agua
por encima de las palmas.

II
Wafika mira con pena
desde el fondo de la tumba y aguarda:
pasará el río susurrando,



ondulante cual campana
en mañanica de fiesta,
aventando semillas de aliento.
El viento repite los sones
del agua (Es la lluvia)
y burbujea el sol entre las palmeras.
¿En destellos ríe una ventana
o es una puerta que se abre en el muro,
pues en las alas del aroma reside un alma
que suspira por la luz?

¡Ay, roca de la escala del corazón!
¡Ah, Tiro, ciudad del amor y la armonía!
¡Ah, camino que sube hacia Dios!
¡Si no fuera por ti, cuando al soplo de la vida
sonríe la aldea!
En el viento hay un perfume
que por la garganta del río nos acuna y canta
(Por las olas viaja Ulises
y en islas olvidadas le recuerda el viento:
"Hemos envejecido, viento, ¡déjanos!").

Abre su ventana el mundo
a través de este ajimez azul,
se hacen uno y sus espinas convierten
en flores de aromática dulzura.

Hay un ajimez como éste en el Líbano
y otro parecido en la India
y una muchacha que sueña en el Japón,
como en la tumba sueña Wafika
con el rayo verde y el trueno.

Ajimez de Wafika en medio de la aldea
que a la plaza se asoma embriagado
(Como Galilea, con Jesús sueña
y con echar a andar).
Y el oasis incendia.

UMM EL BARUM

*(Al cementerio que se ha convertido
en una parte de la ciudad)*

He visto cáfilas de seres vivientes salir de sus moradas
perseguidos, tras la noche, por las sombras de los faroles,
he oído sus llantos y sollozos,
el grito de los niños, el balido sediento de sus rebaños
y, en la incandescencia del mediodía, una voz, "¡eh, camellero!",
cubriendo el dolor de sus cánticos.
Pero no he visto a los muertos expulsados
de sus antiguas fosas por el enterrador,
ni que los desnudara o cubriera con sus mortajas,
pero no he visto a los muertos, Umm El Barum,
antes de esta tierra tuya, evacuados de la ciudad
por la insolencia, el son de la bailarina o el tabernero.
"Deja que nuestra ciudad, para crecer, devore a los muertos
–dice mi compañero borracho–, que tome en brazos a los vivos
y nos abreve con vino de los jardines de Perséfone,
que nos dé a beber una vez más, hasta que las calaveras
rueden junto a nosotros en la misma borrachera".
Las casas de nuestra ciudad son muela de molino,
fuego sus calles,
su pan cotidiano amasa con nuestra carne amontonada...
¿No tiende acaso sus manos a los muertos y los escoge,
mastica sus costillas y vomita los restos que el viento esparce?
Su sombra ardiente llega de cárceles y hospitales,
de burdeles y tabernas..., de todas partes,
y sigue avanzando por los peldaños de nuestro sueño,
para caer en la tranquilidad del alma
como un dolor que nos hace llorar por ella.
Al romper el alba, Umm El Barum, venían a ti los pájaros
y, picoteando el silencio, caían sobre las tumbas como frutos.
Los ojos de los muertos sueñan burbujas de luz,
colinas regadas por el resplandor de la claridad.
Y una madre que tuvo tres hijos escucha el alboroto
de los chiquillos que huérfanos se perdieron



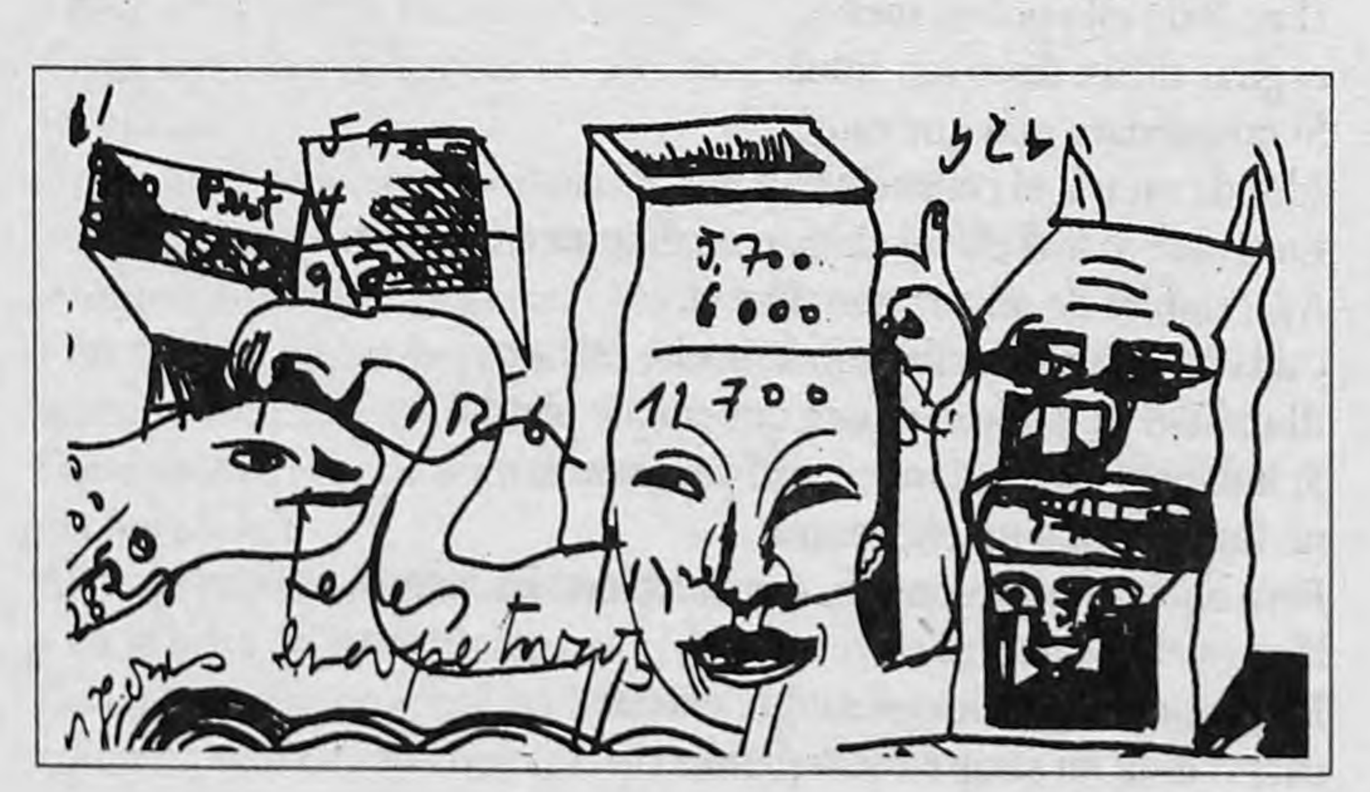
en la vastedad de la tierra: sedientos y hambrientos,
nadie les da de comer o beber, en su choza estaban
cuando el féretro iba sobre hombros y cabezas de la gente...
Oídos y corazones, pero ni un solo ojo
para ver a la madre de su nido privada.
Y en la noche,
cuando se derraman las luces por las eternas tinieblas
–a gatas anda una niña descalza y una brisa en la ciudad
recoge, cual guijarros y conchas de la playa,
pedazos de su llanto y sus canciones infantiles–,
la oscuridad no deja sino una espuma de destellos
que se esparce sobre las tumbas y se derrite
como el adobe de los muros.
El universo de los muertos se aleja de un mundo de cadenas
y humillación, mentiras, lamentos, muchedumbre agobiada.
La ciudad incendia el pabellón de la muerte,
arranca los ojos a los cadáveres, siembra
semillas de amapola en las tumbas, entierra
la simiente del silencio para que fructifique
en tintineo de monedas, estrépito de viajes,
carcajada de rameras y borrachos en las salas nocturnas.
Y exprime con todas sus fuerzas los senos de las enterradas,
los estruja con ruedas de molino entre flautas y danzas,
los golpea con el pie cual balones
que los vientos llevan a las cunetas,
allá donde desaparecen el escalofrío,
la pasión y el deseo, allá donde el amor
es tan sólo tentáculo de insecto, gemido de los siglos.
La ciudad bosteza de cariño, como un hogar encendido
que se va extinguiendo en calor, cenizas y débil humo.
Ah, lenguaje de los muertos, más secreto
que la oscuridad del bosque, siempre repetido en los cafés:
"Ese buhonero ha venido pidiendo mozos que le ayuden",
si te escuchan, resuena cual campana nueva en la aurora
un eco de mugidos del campo
en torno a los braseros de las veladas nocturnas:
"Cuando sopla la brisa en la cuna de las espigas dormidas
y suelta su quejido el remo,
como si la barca, compadecida, se deslizara en un sueño,
mis manos de dolor retuerzo".
¿Qué diferencia hay entre las barcas de los amantes
y un automóvil que corre veloz con una ramera a bordo?
¿Y entre las mesas del tabernero y un llano
que pone las mesas de la luna?
La paz sea, Umm El Barum, con tus muertos
esparcidos por todos los taludes,
una paz por la que corren lágrimas, gemidos y tristezas.
Ante las mutaciones, permanecen sus sepulcros.
Ante las nuevas mañanas, sus tumbas permanecen como una llamada.
Y lo mejor de su sueño es una perpetua vigilia
que anhela la resurreción,
que cuenta las ruedas que pasan por el camino,
que aguarda la cita con Dios.

21. VII. 1961

LE HAN BROTADO CANAS A XAIKOR

No he sacudido el rocío de la haz de la hierba,
ni he besado su embozo de niebla.
He llegado a ella cuando la mañana sembraba sol,
cual tallos de tigro, por campos y azoteas.
Mi corazón ha escapado hacia ella,
como en el ocaso al nido los pájaros.
¿Podremos tal vez, la edad cumplida,
recobrar sonrisas y heridas?
Apagado ya el ardor de la llama,
¿podremos encender la ceniza? ¿Cómo? ¿De qué brasa?
¡Ay, niñez mía, aroma de la vida, esplendor, extravío...!
Cuando un día era un año y el gozo escandía los latidos
de mi corazón, que reventaba sobre las flores.
La tierra se encontraba por primera vez con su infancia
y Caín no era más que una semilla enterrada.
La tierra tenía un corazón que yo sentía palpitar
por los caminos, en los jardines,
en todos los arroyos que saciaban la sed de sus hijos.
¡Ah, Xaikor, Xaikor...!
¿Por qué la mañana, imitando al crepúsculo,
retira la luz como un ala exhausta
y en tus chozas desoladas y tristes
encarcela la sombra un sollozo?
¿Dónde están, dónde, las jóvenes que en el palmeral
hablaban en susurros de un amor radiante cual estrellas remotas
o en riberas umbrías arrastraban el borde de sus vestidos
de color de lunas estivales o soles de otoño,
con una sonrisa de amor y miedo en los labios?
Quizá sean viejas o estén muertas...,
viejas que hilan al amor de la lumbre
en sus casas vacías
y narran, más allá del sueño y la fatiga,
cuentos del Edén a sus nietos huérfanos.
Le han brotado canas a Xaikor,
su juventud le ha vuelto la espalda,
su amor se ha tornado cenizas:
basta el aire de un suspiro
para que se remuevan y asciendan
y caigan entre los ecos del viento,
partículas de polvo donde el pecho angustiado
presiente el fin.
¿Dónde está Xaikor?
Xaikor es mi libro de poemas,
cita entre las tablas del ataúd y mi tumba,
murmullo de las aguas que tiemblan al reflejar el sol,
gemido que temíamos cuando subía cual marea
que desbordara de las tumbas,
sol que bebe a sorbos de todos los arroyos,
sonido de las semillas, como redobles de pandero,
cuando se abren para germinar al alba...
Recuerdos... Si la voz de un muerto deja su eco
en la alucinación de la memoria,
también la queja de la flauta sobrevive a sus astillas.
¿Oyes acaso mi pregunta, Xaikor?
¿Eres el tesoro escondido de mis recuerdos
o su sepulcro? ¡Resucítalos!
¡Revíveme!
¡Ay, la juventud no vuelve!
Mi pasado es mi tumba, yo soy la tumba de mi pasado:
¿La muerte prolonga un vivir triste
o la vida ofrece un morir en llanto?
No he sacudido el rocío de la haz de la hierba.

Xaikor, 2. IV. 1962





De *Mansión de esclavos*

EN XAIKOR

Viejas casas que, despojadas de sus puertas,
se convierten en ruinas vacías donde el viento
hace batir una ventana orientada al alba:
desde el vano, con su incansable lamento fúnebre,
una lechuza te mira fijamente.
Salvadas del derrumbamiento, como torrecilla de veleta
que sólo se queja si el viento quiere arrancarla de la azotea,
tablazón de navío zarandeado por las olas.

En el espacio abierto del patio,
las copas polvorientas de los espinos se llenan de pájaros
que cuentan los pasos del tiempo con sus gorjeos
y con sus picos cual bocas devoran, con los gusanos,
el cadáver del silencio.
Cuando un susurro fúnebre
invade el mundo de la muerte,
los espectros se asustan, pensando que la luz se levanta,
asidos a las sombras huyen del patio a los cuartos oscuros
y allí despiertan a la dueña de la casa:
"Ha llegado la mañana". Y si el niño llora
de miedo a los fantasmas, ella le acuna y canta:
"Venid y llevadme con vosotros,
alazanes del oasis,
porque ya el amor y el gozo
en este desierto no laten,
ni la calma, ni el reposo".

¡Ah, sí, mansión de esclavos!
¡Cuántos brazos robustos he visto,
cuántas pisadas que hacían temblar tus débiles piedras!
¡Cuántas canciones tiernas al aire de la mañana
lavada por el sol de otoño,
que hablaban de un amor desnudo
como el agua espejeante de los arroyos!
¡Tanta pasión, tanto deseo!
¿Cuántas lágrimas desbordadas he bebido,
cuánto dolor soportado?
¡Cuánta cuna he mecido –tantos nacimientos, muertes tantas–,
cuánto fuego encendido en las frías noches de invierno!
Ese fuego cercado por el susurro de los cuentos:
"Érase una vez un hada..." Tiritaban los viejos
y los niños callaban pasmados y absortos,
como si el rugido de mil leones retumbara en un valle
donde se hubieran extraviado, aturdidos. Y luego,
una canción: "Llegó Kámar El Zamán..." Y otra vez
el susurro de los cuentos: "Un hada..."

Y la miseria amarga: enfermedad, hambre y penas
y un niño que muere al secarse la fuente de la leche
–murieron las cabras y los pechos de su madre hambrienta
se quedaron sin carne ni leche–.
Entre el parpadeo de las estrellas
oí sus gemidos una noche,
y los sollozos del padre afligido,
con la voz ahogada de dolor.

Aun si trocar hubiera querido mi sufrimiento
por los suyos, no deja de ser penosa mi aflicción:
tullida la espalda, una pierna torcida.
Con muletas ando cuando ando,
del tropiezo al temblor van mis pasos,
extraño a quien nadie, salvo el fuego de la noche, consuela,
sin bienes ni esperanza, desgarrado de tristeza el corazón.
¿No fui antaño, y no hace tanto, un veloz corredor?
¿Me quedaré aquí, en este país de hielo,
triste y famélico, desgraciado y enfermo?
¿Me quedaré aquí o regresaré a mi tierra?
¡Ah, pueblo mío! ¿Cuál es la única esperanza del doliente
–al principio tu avara escasez y luego las flechas del mal
que dispara el destino a quien ama a los enfermos
y ata el costado de los hambrientos a su mismo pecho frágil
y contiene las lágrimas de los que lloran,
enjugándolas con su propio llanto desbordado–,
sino la misericordia de Dios?

¡Ah, mansión de esclavos,
si las nubes te ofrecieran una lluvia
que regara mi tumba sedienta
y de sollozos como besos la cubriera!

Londres, 3. I. 1963

EL POEMA Y EL AVE FÉNIX

En la nueva habitación, mi féretro
me sugiere que escriba un poema.
Y escribo
lo que llevo en la sangre y corrijo,
hasta que la idea rebelde se doblega.
Mi nueva habitación
es amplia, más amplia que mi féretro.
Cuando me canso de estar en vela,
el sueño es más dulce en ella
y brota hasta de los ojos de la piedra,
hasta de la única estufa
que se alza en el más lejano rincón.

El féretro alza un continente en ruinas
de su cabecera y posa la mirada
en techo y paredes, en el espejo,
en los frascos.
¿Por qué son las esquinas sombrías,
cual si fueran tierra reservada para el hombre
y quisieran destruirlo
con vino, mujeres, riquezas,
con mentiras del corazón y la lengua,
como si quisieran devolverlo
a la selva primitiva?
¿Por qué está vacía la cara del espejo,
sin disfrutar de una mujer hermosa,
de unos pechos desnudos,
de unos labios de coral
iluminados por la mirada
como por el alba?
Como este espejo
será la tierra sin vida.
Y en las noches tenebrosas,
en ese silencio
donde sólo se oirá el aullido del viento,
hasta Dios tendrá miedo de los muertos.
Y la misma muerte se retirará a dormir
en ese silencio,
cubriéndose con él como una manta
en las frías noches de invierno.

Así, cuando el poeta escribe un poema
y no ve latir en él lo inmortal,
destruirá lo construido, demolerá
sus piedras y, más tarde,
la calma y el silencio lo hastiarán.
Cuando llegue una nueva idea,
la levantará como un velo que cubriera
los ojos ciegos. Si quiere llegar a ser,
ha de arrasar el pasado, pues las cosas no renacen
sino de sus cenizas ardientes
esparcidas por el horizonte...
Y así nace el poema.

10. I. 1963

De *La canción de la lluvia*

EXTRANJERO EN EL GOLFO

Como un mal sueño, el viento jadea caliente sobre la tarde,
sobre las velas que llenan el Golfo y para navegar
recogen y despliegan los que se ganan el sustento,
medio desnudos y descalzos, recorriendo el mar.
De cara al Golfo, sobre la arena
está sentado el extranjero. Deja vagar su mirada
por las aguas y las columnas de luz se desmoronan
bajo la espuma de un sollozo que se alza y muge
por encima del fragor y de las olas,
voz que rompe contra el fondo de mi alma enlutada: ¡Irak!
Cual marea se alza, como nube,
como el llanto a los ojos.
¡Irak!, me grita el viento.
¡Irak, Irak!, se me queja la ola.
¡No hay nada más que Irak!
De todas las cosas, la mar es la más vasta
y tú la más lejana. La mar sin ti, Irak.
Ayer, al pasar por el café, te oí, Irak...
Eras un disco girando,
era el girar de astros de mi vida
que me envolvía el tiempo en dos instantes,
aun habiendo perdido por siempre los lugares.
Era el rostro de mi madre en la sombra, y su voz,
que antes de dormir aún se deslizan en mis sueños,
era el palmeral que me aterraba, cuando al oscurecer
en el ocaso se poblaba de fantasmas,
raptores de niños rezagados en las sendas.
Era la vieja espulgadora que nos susurraba
la historia de Hizam, cómo se abrió su tumba
ante la bella Afrá y, al fin, de ella sólo obtuvo la trenza.
¿Recuerdas, Zahrá, cómo nos calentábamos las manos
en redor del horno incandescente,
los cuentos en voz baja de mi tía sobre los reyes antiguos?
Mientras al otro lado de una puerta cerrada,
como el destino, a las mujeres
–por manos que son obedecidas en cuanto desean,
por ser manos de hombre–,
los hombres alborotaban y charlaban incansables en la noche.
¿Lo recuerdas, quizá? ¿Lo recuerdas?
Felices éramos entonces,
contentos con aquellas historias tristes,
porque eran historias de mujeres:
de esa multitud de vidas y épocas
éramos nosotros la flor más escogida,
éramos los polos entre los que su existencia se cumplía.
¿Fue todo ello polvo, sueño,
el girar de un disco tan sólo?
Si no quedara más que esto,
¿dónde estaría el consuelo?
En ti amé al Irak de mi alma, o en él te amé a ti.
Ay, candiles de mi corazón, tú y él,
caída ya la tarde, ha llegado la noche cerrada.
¡Iluminad su oscuridad para que no me pierda!
Si hubieras venido a mí en este país extraño,
no hubiera sido un encuentro.
Pero encontrarme contigo, con el Irak en las manos...
¡Eso es el encuentro!
En desearlo se vuelca mi sangre entera,
cual si toda mi sangre fuera pasión,



hambre de él, como el hambre de aire
que tiene la sangre toda del ahogado
o el ansia de la criatura al nacer,
cuando saca la cabeza de las tinieblas.
¡Cuánto me asombra que puedan traicionar los traidores!
¿Puede un hombre traicionar a su país?
¿Cómo se puede simplemente ser,
si se traiciona el sentido de la existencia?
El sol es más hermoso en mi país
y las sombras –hasta las sombras que abrazan a Irak–
son allá más hermosas.
¿Cuándo, pobre de mí, podré conciliar el sueño
y sentir la almohada, Irak, humedecida por el perfume
de tu noche de verano?
Por aldeas que respetaron mi paso, por ciudades extrañas
he cantado tu tierra amada, he cargado con ella
cual Mesías que arrastra su cruz por el destierro,
he oído el caminar de los hambrientos,
sangrantes los pies por las caídas:
de tu tierra y de las huellas de sus pasos
subía el polvo hacia mis ojos.
Y aún recorro los caminos bajo soles extranjeros,
desgreñado y polvoriento, con los harapos al aire,
tendiendo mendiga la mano que pudo ser pródiga,
amarilla de vergüenza y fiebre: vergüenza de mendigo
extraño entre ojos extranjeros,
entre rechazo, desprecio, aversión
o ese eterno "¡qué lástima!"
¡Es más soportable la muerte que ese "¡qué lástima!"
que esa piedad destilada por los ojos extranjeros
como gotas de agua... mineral!
¡Apágate! ¡Apagaos, oh gotas, sangre, monedas!
¡Ay, viento y agujas para coser mi vela! ¿Cuándo volveré
al Irak, cuándo volveré?
¡Fulgor vacilante de las olas, bajo el remo
que explora conmigo el Golfo! ¡Ah, inmensos luceros!
¡Ay, monedas!

¡Ojalá no cobraran los barcos pasaje!
¡Ojalá fuera la tierra como el vasto horizonte,
sin mares!
Os cuento y recuento, monedas, y aún quiero más,
porque siempre me faltáis, monedas, en mi largo exilio,
porque sigo alumbrando con vuestro brillo mi puerta
y mi ventana en la ribera de allá. Decidme, monedas,
¿cuándo volveré, cuándo?
¿Veré antes de morir acercarse algún día
esa hora feliz?
Al despertar esa mañana, habrá en el cielo jirones de nubes
y en la brisa un frescor empapado de aromas de agosto.
Con un bostezo apartaré las telarañas del sueño,
como un velo de seda que transparenta lo visible
y lo invisible, las cosas que olvidé y las que recuerdo
apenas, la duda en la certeza.
Y cuando para vestirme tienda la mano hacia mis ropas,
veré brillar la respuesta que buscaba entre las sombras
de mi alma: sabré por qué, cual bruma,
invadía sus valles una alegría secreta.
¡Hoy –que esa alegría me invade y me sorprende– volveré!

¡Mas, pobre de mí, nunca volveré al Irak!
¿Cómo volver,
si no hay dinero? ¿Y cómo ahorrar dinero,
si cuando tienes hambre, has de comer,
si en el sustento gastas las generosas dádivas?
Llorarás siempre por Irak.

Tan sólo te queda el llanto
y esta vana esperanza de velas y vientos.

Kuwait, 1953

RETORNO A XAIKOR

I
En el caballo tordo de los sueños
he cabalgado de noche por los cerros,
huyendo de ellos y de sus altas cumbres,
de su zoco abarrotado de mercaderes,
de su amanecer cansado,
de sus ladridos nocturnos, de sus viajeros,
de su luz tenebrosa,
de su arrope mezclado con vino,
de su vergüenza oculta entre flores,
de su muerte que baja de noche
con las ondas dormidas del río.
Ay, si en ellas despertara el agua
y a sus orillas las ninfas vinieran.
Si el sangrante sol del ocaso
se bañara en sus riberas
o en ellas amaneciera.
Si se cubrieran de hojas
las ramas de las tinieblas
o a sus clientes cerrara
el burdel las puertas.

II
En el caballo tordo de los sueños
y bajo el sol del oriente verdeante,
en el rico y feraz verano de Xaikor,
he recorrido al galope mi lejana senda
entre las flores, el rocío y el agua,
buscando por todos los confines una estrella,
un lugar donde pueda nacer el alma bajo el cielo,
una fuente que el ardor de la sed apague,
un hogar para el cansado viajero.

III
¿Dónde están, Xaikor, el pan y el agua?
¿Al llegar la noche, Xaikor, se han dormido
todas las señales que nos guían?
El hambre y la sed tienen a la caravana en vela
y el horizonte es un eco de los aullidos del viento.
En la extensión del desierto
ningún camino se nos muestra claro
y el cielo de la noche es ciego.
¡Ofrécenos, Xaikor, el umbral de una puerta
por donde podamos entrar,
o háblanos con la luz de una estrella!

IV
Si se ha instalado en mi casa un silencio de muerte
y la noche en mi fuego,
¿quién escucha mis versos?
¿Quién lleva el peso de la cruz
en esta larga y terrible noche?
¿Quién llora por el hambriento desnudo
y satisface sus deseos?
¿Quién baja al crucificado de su madero
y espanta las águilas que acuden a su herida?
¿Quién apartará las tinieblas de su aurora

y trocará en laurel las espinas?
¡Ay, Xaikor, si escucharas!
¡Si estuvieras, Xaikor, enamorada!
Ojalá llevaras el alma en tu vientre
y la parieras de pronto,
para que el viajero contemplar pudiera esa estrella
que ilumina la noche de los extraviados.

V
Agonía y no muerte,
sonido y no voz,
dolor de parto y no nacimiento.
¿Quién crucifica al poeta en Bagdad?
¿Quién compra sus ojos y sus manos?
¿Quién le ciñe la corona de espinas?
Hilos de luz, Xaikor, han amarrado
el columpio del alba.
¡Ofrece de mi herida, Xaikor, un banquete
a las hormigas y a los pájaros!

Éste es mi manjar, hambrientos.
Éstas son mis lágrimas, afligidos.
Ésta mi oración, creyentes:
Que vomiten su lava los volcanes,
que desate sus inundaciones el Éufrates,
para que iluminemos las tinieblas,
para que conozcamos la piedad.
Hilos de luz, Xaikor, han amarrado
el columpio del alba.
¡Ofrece de mi herida, Xaikor, un banquete
a las hormigas y a los pájaros!

VI
Ésta es mi gruta de Hirá, en cuya boca
ha entretejido la araña sus hilos.
Allí me llevan, al morir,
mientras la luz, en la arboleda,
arroja monedas del tiempo avaro
desde un balcón de ramos de palmera.
Ay, Xaikor, Xaikor: agua y vinagre
brotan de mi corazón,
de mi llaga ardiente,
de todas mis cuevas.
Ah, pueblo mío...
¿Escuchas, Xaikor, escuchas?
Que se abran todas las puertas
y los niños se reúnan a jugar
en la plaza de la aldea. Ésta es la cena.
Y esto, la cosecha de los años:
el agua es vino y las jarras, alimento.
Esta es la primavera de la peste.

VII
Este caballo es más fuerte que las murallas.
Más fuerte, el caballo tordo de los sueños.
Porque el hierro se nutre del duelo
y se queda solo el fúnebre cortejo.
Tu pasado, Xaikor, ha vuelto.
....
He aquí el canto del gallo: El sueño se ha fundido
y de mi más alta escala he vuelto:
El sol, maternal con las espigas verdes,
es una hogaza tras los tejados,
pero en la acera es más preciado
que una gema resplandeciente.
Y el amor: ¿Oyes acaso
ese grito violento?
¿Qué tiene que ver con nosotros?
Si Abdel-Latif supiera que yo...
¿De qué te guardas?
Arrebatada mi alma, silbó el tren,
y en mis pupilas brillaron las lágrimas
como una nube que me llevara, y luego se puso en marcha.
¿No sabes nada del regreso, sol de mis días?
....
Duerme, Xaikor, a la sombra de los años.

EL MESÍAS DESPUÉS DE LA CRUCIFIXIÓN

Cuando me bajaron de la cruz, oí el largo lamento
fúnebre del viento sobre las copas de las palmeras
y pasos que se alejaban. Así es: ni las heridas,
ni la cruz donde me clavaron toda la tarde,
pudieron matarme. Escuché atentamente: un aullido
cruzaba la llanura entre la ciudad y yo,
cual maroma amarrada al navío
que se hunde en el fondo marino. Lamento
fúnebre, hilo de luz entre la mañana
y las tinieblas, en el triste cielo de invierno.
Pero la ciudad, embotados los sentidos, dormita.

Cuando florecen los naranjos y las moreras,
cuando hasta el borde de la quimera Xaikor se alarga,
cuando verdean las hierbas con su aroma que canta
y los soles que amamantaron su esplendor,
cuando hasta la sombra es verde,
un calor tibio acaricia mi corazón
y hace correr mi sangre por la tierra húmeda.
Mi corazón, sol de donde la luz mana,
mi corazón, tierra donde palpitan las flores,
el trigo, el agua limpia,
mi corazón, agua y espiga:
su muerte es su resurrección,
pues vive en todos los que de él se alimentan.
En la masa del pan que se aplana y redondea
como un seno joven, como los pechos de la vida,
he muerto por el fuego: quemada la tiniebla
de mi arcilla, la parte de Dios permanece.
Yo era en el principio y en el principio era el pobre.
He muerto para que coman el pan en mi nombre,
para que en la estación propicia me siembren.
Ah, cuántas vidas viviré: en cada fosa
soy ya porvenir, semilla,
generación humana: en cada corazón
hay una gota de mi sangre
o la huella de una gota.

Así he vuelto y Judas, al verme, ha palidecido...,
porque yo era su secreto.
Negra sombra que de mí surtía,
congelada estatua de un pensamiento sin alma,
temió que asomara la muerte al agua de su mirada
(Sus ojos, pesada losa
bajo la que ocultar quería su sepulcro a los hombres),
temió que el calor de lo imposible
en sus pupilas lo delatara.
"¡Eres tú! ¿O es mi sombra que se torna blanca y rezuma luz?
¡Tú, que llegas del mundo de los muertos!
Pero la muerte viene una sola vez, decían,
enseñaban nuestros padres. ¿Era mentira?"
Eso pensaba al verme, lo decía su mirada.

Pasos rápidos. Un paso y otro paso.
Sus golpes hacen temblar la tumba.
¿Han venido, al fin? ¿Quién, sino ellos?
Un paso y otro paso. Un paso.
Dejé caer las rocas sobre mi pecho.
¿No me crucificaron ayer? Heme aquí, en el sepulcro.
Que vengan, estoy enterrado.
¿Quién sabe que yo...? ¿Quién sabe?
¡Y los compañeros de Judas! ¿Quién dará crédito
a sus declaraciones?
Un paso y otro paso.
Heme aquí, desnudo en mi tumba oscura:
envuelto ayer en mí mismo como la incertidumbre,
como el cáliz de una flor,
yo era una sombra entre las tinieblas y el día
y una rosa de sangre goteaba bajo mi sudario de nieve,
mas luego arranqué de mi alma los tesoros
y los ofrecí limpios como frutos.
Cuando hice de mis bolsillos pañales y de mis mangas, abrigos,
cuando mi carne pudo calentar los huesos de los niños,
cuando desnudé mi llaga para vendar otra herida,
el muro que me separaba de Dios se vino abajo ese día.

Los soldados sorprendieron mis heridas,
los latidos de mi corazón,
tomaron por sorpresa, aun dentro del cementerio,
todo lo que no era muerte,
y me saquearon, como una bandada de pájaros hambrientos
arrasa la palmera cargada de dátiles
en una aldea desierta.

Las pupilas abiertas, fijas, de los fusiles
devoran mi camino y en ellas sueña el fuego
con mi crucifixión.
Mas aunque sean de hierro y fuego, los ojos de mi pueblo
son amor, recuerdos, luminarias celestes
que soportan mi carga, hasta cubrir mi cruz de rocío.
¡Qué pequeña es esta muerte,
mi muerte, y qué grande!

Cuando me clavaron y lancé una mirada a la ciudad,
apenas reconocí el llano, las murallas, el cementerio:
había como una arboleda en flor
hasta donde alcanzaba la vista,
y allá donde se detuvieran los ojos,
una cruz y una madre triste.
¡Bendiga Dios
el parto de la ciudad!

EL RÍO Y LA MUERTE

I
Buwaib...
Buwaib...
Campanas de una torre perdida en el fondo del mar.
El agua en las jarras y en los árboles el ocaso,
jarras que rezuman campanadas de lluvia,
cristal que se funde en un gemido:
"¡Oh, Buwaib...! ¡Buwaib!"
En la tiniebla de mi sangre se agolpa
la nostalgia de ti, oh Buwaib,
mi río triste como la lluvia.
Quisiera correr entre las sombras
y traer en las manos apretadas
el deseo de un año en cada dedo,
cual si ofrendas te llevara
de trigo y flores.
Quisiera ver, desde el sitial de las colinas,
cómo nada la luna entre tus orillas,
cómo siembra oscuridades
y los cestos llena
de agua, de peces y de flores.
Ah, si en pos de esa luna me hundiera en ti
para oír cómo resuenan los guijarros en tu lecho,
cual miles de pájaros resonando en los árboles.
¿Eres bosque de lágrimas o río?
¿Duermen al alba tus peces insomnes?
¿Y esas estrellas seguirán en vela,
para nutrir de seda a millares de agujas?
Y tú, Buwaib...
Ah, si en ti me ahogara, recogería conchas
para construir con ellas una casa,
donde la claridad derramada por la luna y las estrellas
el verdor de los árboles y el agua iluminara.
¡Y luego, de mañana y en tus ondas,
salir al mar con la marea!
Porque la muerte es un mundo extraño
que a los niños enamora
y en ti estaba, oh Buwaib,
su puerta secreta.

II
¡Oh, Buwaib...! ¡Buwaib!
Veinte años han pasado, cada uno como un siglo.
Y hoy, cuando las sombras todo lo cubren
–yo en el lecho, sin dormir,
aguzada la conciencia como árbol frondoso al alba,
con las finas ramas cargadas de frutos y de pájaros–,
siento este mundo triste empapado
por una lluvia de lágrimas y sangre:



campanas de muerte que en mis venas
tañen temblorosas.
En la tiniebla de mi sangre se agolpa
la nostalgia de una bala súbita y helada,
infierno que los huesos abrase
y me rasgue el pecho en lo más hondo.
Quisiera correr en ayuda de todos los que luchan
y golpear al destino con los puños apretados.
¡Ah, si me hundiera hasta el fondo de mi sangre,
para soportar la carga junto a todos los hombres
y resucitar a la vida, mi muerte
sería entonces victoria!

LA CANCIÓN DE LA LLUVIA

Tus ojos son dos palmerales a la hora del alba
o balcones que la luna abandonara.
Cuando sonríen, se cubren de hojas las vides
y los destellos de la luz danzan
como lunas en las aguas del río
que un remo hiciera temblar a la hora del alba.
Cual si al fondo de sus cuencas las estrellas palpitaran.

Tus ojos se hunden en una bruma de tenue tristeza,
como un mar que la tarde peinara con sus manos
entre un tibio invierno y un otoño estremecido,
entre el nacimiento y la muerte, la luz y las sombras.
¡Y entonces, en mi alma entera
se despierta el escalofrío del llanto
y una ebriedad salvaje abrazada a los cielos,
como la embriaguez de un niño aterrado por la luna!
Como el arco iris bebe de las nubes
hasta disolverse, gota a gota, en el agua,
como ríen de pronto los niños bajo las parras,
así taladra el silencio de los pájaros en el árbol
la canción de la lluvia...
Lluvia,
lluvia,
lluvia...
Bosteza la tarde y las nubes vierten
y vierten sin cesar sus lágrimas pesadas.
Como ese niño que por las noches, antes de dormir,
delira creyendo que su madre –no la encontró
al despertar hace un año y, cuando terco pregunta,
le responden: "volverá pasado mañana..."–
tiene que volver, aunque los amigos murmuren
que allá en la ladera del cerro duerme el sueño
de las tumbas, comiendo tierra y bebiendo lluvia.
Como ese pescador triste que recoge sus redes,

maldiciendo a las aguas y a su suerte,
y al ponerse la luna sus cánticos esparce.
Lluvia,
lluvia...
¿Sabes de la tristeza que emana de la lluvia
y cómo sollozan los goterones al rebosar?
¿Cuán perdido en ella se siente el solitario?
Sin fin, como la sangre derramada y los hambrientos,
como el amor, los niños, los muertos. ¡Así es la lluvia!
Tus pupilas me cercan en la lluvia
y, a través de las olas del Golfo, los relámpagos,
cual si quisieran anticipar la salida del sol,
lustran con conchas marinas y luceros las costas del Irak,
mas de un manto de sangre las cubre la noche.
Y grito: "¡Oh, Golfo Arábigo!
¡Pródigo en perlas, conchas y náufragos!"
Y torna el eco
en un sollozo:
"¡Oh Golfo, pródigo en conchas y náufragos!"

Apenas oigo al Irak atesorar truenos,
almacenar relámpagos por llanos y montañas,
aun cuando el día en que los hombres desgarraron el sello
no dejaran los vientos de Tamud
ni un solo vestigio en el valle.
Apenas oigo a las palmeras beberse la lluvia,
apenas oigo quejarse a las aldeas,
mientras los emigrantes luchan con velas y remos
contra las tormentas del Golfo y sus truenos, cantando:
Lluvia,
lluvia,
lluvia...
En el Irak hay hambre,
pero al llegar la siega se esparcen las cosechas
para que se harten cuervos y langostas,
mientras que, moliendo granos y piedras,
una muela movida por hombres gira en los campos.
Lluvia,
lluvia,
lluvia...
¡Cuánto llanto derramado la noche del adiós,
del que por vergüenza decíamos que era la lluvia...!
Lluvia,
lluvia...
Desde que éramos niños,
los cielos se nublaban en invierno
y caía la lluvia con fuerza.
Pero un año tras otro –a pesar de la hierba nueva
sobre la tierra–, nos sentimos hambrientos.
Ni un solo año ha pasado sin hambre, en el Irak.
Lluvia,
lluvia,
lluvia...
En cada gota de lluvia, pálida o rojiza,
hay un huerto florido.
Cada lágrima que vierten los hambrientos, los desnudos,
cada gota de sangre de un esclavo,
es una sonrisa en busca de nuevos labios
o un pezón que florece en boca del recién nacido,
mundo joven del mañana, don de vida.
Lluvia,
lluvia,
lluvia...
De hierba se cubrirá el Irak, con la lluvia.

Y grito: "¡Oh, Golfo Arábigo!
¡Pródigo en perlas, conchas y náufragos!"
Y torna el eco
en un sollozo:
"¡Oh Golfo, pródigo en conchas y náufragos!"
De sus dones incontables, el Golfo en la arena
esparce conchas y espumas salobres
y restos de un pobre náufrago,
los huesos de un emigrante harto de beber muerte
en los abismos del mar,
mientras en el Irak mil víboras beben néctar
de una rara flor amamantada por el rocío del Éufrates.
Pero yo escucho el eco
resonar en el Golfo:
"Lluvia,
lluvia,
lluvia...
En cada gota de lluvia, pálida o rojiza,
hay un huerto florido.
Cada lágrima que vierten los hambrientos, los desnudos,
cada gota de sangre de un esclavo,
es una sonrisa en busca de nuevos labios
o un pezón que florece en boca del recién nacido,
mundo joven del mañana, don de vida".

Y cae la lluvia con fuerza.

LAS ARMAS Y LOS NIÑOS

I
¿Pájaros o niños felices
por el destello de un mañana luminoso?
Sus pies desnudos
tintinean cual conchas en la acequia.
El viento norte
los escolta por los trigales
y el crujido del pan en las fiestas,
el susurro de la madre al pronunciar el nombre
del hijo en el primer día de su vida.
Es como escuchar el latido de las velas,
el griterío de la tripulación de Simbad
cuando descubrió el marino su enorme tesoro
entre duelas de barril,
escogió su parte y regresó.

Un eco resuena y pasa por detrás de los siglos:
por templos, bosques, cavernas,
se propaga cálido por las venas de la piedra,
por el cincel exhausto de su escultor,
y el himno violento de su deseo se alza hasta nosotros,
hasta la cumbre más alta,
hasta derrotar a la muerte con la vida.
Lo hallarán las generaciones venideras en esa roca
donde grabó el saludo de sus manos:
en la sonrisa, en los labios, en la mirada
dejó convertido en piedra
el llanto que sus ojos vertían.
Un eco al que acompañan las palmadas
de los niños en la calle risueña,
como aleteo de mariposas
sobre las que pasa el día con su linterna azul.

Cuánto padre vuelve a casa en la tarde
del trabajo cotidiano,



con los ojos cargados de fatiga
y un coágulo de sangre cual velo
en la mirada.
Mas en la puerta lo recibe un niño desbocado
que gorjea su risa clara
y la plenitud de la vida generosa
le cae encima como lluvia,
su horizonte oscuro siembra de estrellas
y le hace olvidar el peso de sus cadenas.

En las largas noches de invierno
son primavera vigorosa y cálida
en la que recobran fuerza
las venas de las viejas,
que por un instante vislumbran
el tiempo de la infancia,
un ensueño de danzas por las colinas
y el balanceo de un columpio con Venus
brillando en una noche enlunada,
a la sombra de un manzano florido
donde los pájaros descansan...
Y en las mañanas son pasos vibrantes
por las escaleras, manos que se divierten
cosquilleando los rostros aún soñolientos.
Canción de los caminos
con la misma primitiva melodía
y el tono de la voz urgente.
¡Compañeros de la madre cuando se despierta
y enciende el fuego del hogar,
como un hilo donde apunta el porvenir!

II
¿Pájaros o niños felices
o agua que de la roca mana
para mojar la hierba y humedecer las flores?
Flores, luz
y una alondra que canta,
manzano florido
donde palpitan los pájaros,
eco de los besos de una madre
que a sus hijos encuentra.
"¡Déjame..., mas no como la alondra!
Déjame al menos como el ruiseñor,
que aparece antes del alba".
¿Y esas naves que gimen en el puerto,
azotadas por los vientos?
En ellas ondean las manos de los soldados
despidiendo a su amante, como Julieta en la acera
–"¡Adiós, adiós, como quien no ha de volver!"–,
a su madre, que se quedará tan sola en otoño,
tras las tinieblas, árbol desnudo
abandonado por el canto de las aves.

¿Pájaros o niños felices
o agua que de la roca mana
y rebosa sobre un cadáver ensangrentado?
¿Una alondra que canta
entre ruinas devastadas?
¿Pájaros?
        Más bien niños felices,
cuyas vidas están en manos del déspota
y en cuyas claras y dulces canciones
se clava un grito lejano:
"Hierro vieee...jo
                Plooo...mo
                                Hieee...rro"
Como la sombra de un gavilán en el espacio
–cuando extermina cual cuchilla cortante
a los pájaros que cantan en las colinas–,
sobre los cándidos niños se abate
un grito que respira sangre homicida:
"¡Hierro viejo...,
                hierro viejo,
plooo...mo!" Hasta que el aire
se hace de plomo y el camino
de hierro viejo.
Como golpe de azadón llega el eco terrible
de los pasos del mercader.
¡Maldito sea! ¿Qué quiere?
"¡Hierro viejo,



                plooo...mo,
                        hierro!"
Maldito seas, mercader de mal agüero
que te sumerges en el cauce de la sangre,
ignorando que lo que compras y vendes
–para evitar el hambre y la muerte de tus hijos–
son ataúdes donde los enterrarás.
"Hierro viejo,
                plooo...mo,
                        hierro..."
¡Hierro viejo para muerte nueva!

III
"Hieee...rro"
        ¡Para qué tanto hierro!
Esposas que se curvan en torno a las muñecas,
dardos para los senos o las venas,
cerrojos para la puerta de los esclavos,
norias que reparten sangre.
"Plooo...mo"
        ¡Para quién tanto plomo!
Para los miserables niños de Corea,
para los trabajadores hambrientos de Marsella,
para los hijos de Bagdad y para todos
los que desean la libertad,
¡hierro,
        plomo,
                plomo,
                        plomo!
(Hierro...)
        Escucho al mercader,
oigo reír a los niños.
Como el dardo, antes de que lo embote
el cuerpo del transido,
como el rayo que rasga el velo de mi conciencia,
como la herida que se desangra,
oigo las bocas de las armas que retumban
y represan la distancia, veo las llamas del infierno,
las matanzas.
Como el diluvio, llueve a cántaros
plomo y fuego, llenando el espacio:
está hosco el rostro del cielo,
porque en sus oídos zumba el hierro.
Hierro y fuego, hierro y fuego...
¡Y aquí choques, y allí detonaciones,
y hay un trueno cercano, y un trueno lejano,
y despojos de víctimas, y escombros de casas!
Hierro viejo para invasión nueva.
Hierro..., para derribar esa pared
que los pequeños llenaron por los dos lados
de rayas y dibujos, donde algunos adultos
confiaron en el amán de los vencidos:
"Paz"
        Como si el destello de las letras
hubiera sido cubierto por las sombras de las cavernas,
junto con las esperanzas de su primer morador,

como si las imágenes grabadas en la piedra
hubieran sido desafiadas por la muerte:
¿Esto es la victoria,
el anhelo de un mundo mejor?
"Hierro,
plooo...mo,
hierro viejo,
plomo..." para vaciar este camino
de risa limpia y plena,
del latido de los pasos y las voces alegres.
¿Quién llenará el hogar al anochecer
del calor de la mañana y la humedad de los prados?
¡Porque, con la puesta del sol,
las llamas de odio en las pupilas del tirano
y su perpetuo aliento abrasador
rondan sin cesar la casa y sus restos desolados!
"Hierro viejo,
cobre viejo"
¡Y los ecos de la alarma de incendios!

IV
"Hierro, hierro"
La cama vieja vende una madre,
vende el hierro que ayer fue tálamo
donde gozó a dos amantes,
¡donde la honda llamada de la vida
ataba los brazos en dos temblores!
¡Y mañana, ay dolor, será esquirlas
que zumban por el aire,
cuchillos que cercenan brazos,
mientras una cuna destrozada se desploma
y se apagan los rayos del sol!

¿Donde antes se encontraban en el amor
los labios, para tejer hilos de vida,
coserá la muerte ahora una tela negra
de sangre y humo? ¿Coserá la muerte
redes de fuego entre las casas,
sobre los niños y niñas que mueren?
Hasta la cama convertirá en alas de hierro
que mudarán el destino de los hombres,
hasta el gastado azogue metálico
de los ojos de las muñecas
convertirá en bramido ronco de plomo.

V
"Hierro viejo, hierro, hierro"
Sus pies desnudos
tintinean cual conchas en la acequia.
¡Pero en mi cerebro retumban, como un trueno lejano,
ruido de pasos y desprendimiento de rocas,
palpitar de faroles en la mina,
sangre que resbala por espaldas desnudas,
sangre que circula por la tos de los pulmones!
Destellos cubiertos de polvo de hierro,
campanas donde resuena el silencio...
Pero hay otras campanas que vienen de lejos
y hacen correr a los niños ensimismados
en sus juegos: campanas del alba en día de fiesta,
sombra del puente nuevo en el agua, rumor de noria,
campesinos y arados en los campos
que, como pulso de vida, remueven la tierra húmeda
y fundan aldeas
de barro amasado con osamentas de tiranos.
Y hasta las rocas avaras se humedecen,
hasta del espejismo en el desierto
germina el fruto de una ciudad,
y de otra, y de otra más, hasta el último confín.

"¡Hierro..., hierro!"
Sus pies desnudos
y palpitar de faroles en la mina,
en cuyas entrañas húmedas y oscuras,
de bocas abiertas como la sombra de la muerte,
como un pozo de tinieblas desbordadas,
suplican ayuda miles de tumbas.
Con el viento huracanado
se abate desde su negrura
una inmensa ceguera sobre toda luz:
sobre la puerta iluminada de una choza



y el tragaluz de una tienda de pastores,
sobre un balcón cubierto de jazmines
—"Déjame al menos como el ruiseñor,
que aparece antes del alba"—
y el fogón de las veladas nocturnas,
sobre las escalinatas lavadas por el relámpago.
Sobre toda luz, los vientos esparcen
las sombras de los déspotas en la mina,
como norias que reparten sangre.
Los vientos esparcen, los vientos, los vientos
esparcen columpios por los parques sombríos,
palpitar de faroles y estrellas,
latido de pasos y palmadas de niños,
aleteo de mariposas
sobre las que pasa el día con su linterna oscura.
¿Quién llenará el hogar al anochecer
del calor de la mañana y la humedad de los prados?
¡Plomo, hierro, plomo, hierro,
gemido de las madres que han perdido a sus hijos,
niños errantes sin asilo!

¿Quién hará comprender a la tierra
que a los niños les falta espacio en la fosa helada?
Si les bajamos a ella y el lugar no es adecuado,
¿cómo podrán perseguir a la nube fugitiva,
recoger conchas del suelo,
correr a orillas del arroyo,
trepar a los árboles para apresar ruiseñores
o nidos?
¿Quién deletreará las palabras a lo largo del día
o pronunciará mal la erre en la escuela?
¿Quién se arrojará al pecho del padre
cuando vuelva de su trabajo penoso?
¿Quién hará compañía a la madre
por todos los rincones de la casa?
Triste dolor, que los niños mueran.
De ese dolor he bebido las lágrimas,
lágrimas ardientes que descienden
a los labios como llamas.
De esa tristeza he sentido la quemazón de la sangre
en los ojos, la hemorragia de los costados:
Gemido de la aldea lejana,
un viejo llama a su muchacho ahogado
por este camino, por aquel sendero,
y se acerca a la ribera vacía
preguntando por él a las aguas
y al río grita invocando su nombre.
En la escasa luz de su candil,
las últimas gotas de aceite cantan en vano:
"¡No podrás verlo!"
Con ansia terca se inclina a escrutar
la lámina negruzca,
mas no hallan sus pupilas
sino su rostro triste y sombrío,
que en el agua tiembla y repite
un susurro: "¡No, no lo verás!".

VI
"Hierro viejo" ¡Y espanto nuevo!
"Hierro,
plooo...mo"
Porque los tiranos
no quieren que la vida cumpla su término,
que los esclavos sepan que el pan que comen
es más amargo que la tuera,
que todo lo que beben es agua salobre
con gusto a sangre,
que la vida consiste, la vida,
en liberarse a sí mismo,
porque quieren que ignoren lo que ven sus ojos:
Que ya no hay eras para trillar las mieses
en los campos del Irak,
ni niños que jueguen en la mañana,
ni rumores lejanos de tahona,
ni cartero que llame a la puerta
con una buena noticia,
ni casas que iluminen las tinieblas
con una sola luz, generosa como arroyo risueño.
Que ya no hay canciones de cuna ni cascabeles
que suenen en los tobillos del recién nacido



o en los cuellos de las cabras por los cerros,
ni murmullos del té calentándose en la lumbre,
ni cuentos en las noches de invierno.
Porque los tiranos no oyen el canto de los pájaros
al ocaso –como tintineo de monedas de plata
en manos de un jugador de azar–,
ni el cortejo nupcial de las espigas doradas.
Porque los déspotas sólo sueñan
con ventas y acciones
y tan sólo escuchan el ruido del dinero.
Porque los tiranos sólo ven en las remotas
costas de Asia un mercado para vender hierro
y dilapidar el fuego y el viento:
un zoco que colma de dones a sus invasores.

VII
Por los pies desnudos de los niños,
por la salud y el pan, juremos:
Si con estos pies descalzos
no cubrimos de polvo la frente de los tiranos,
si no fundimos las balas de los agresores
en letras como estrellas guiadoras
(En cada casa hay un libro que desde ellas grita:
¡Deteneos y cubríos de herrumbre, bayonetas!),
si no alumbramos las aldeas oscuras
y hacemos que enmudezcan las bocas de la ira,
si no expulsamos de Asia a los invasores...,
¡que no nos recuerden, a no ser para insultarnos
o maldecirnos, las generaciones futuras!

Paz al ancho mundo,
a los campos, el hogar, la escuela,
a las fábricas de telas y juguetes,
al polluelo sin plumas en el nido,
a las moras y a la piedra de moler
que aún guarda la fragancia,
a la cadencia de los remos en el crepúsculo,
a la rosa en la almohada de la novia
y a los niños que esperan a su padre,
al poeta que, bañados los ojos por el sol,
se inclina a escuchar el canto de los grillos.
Paz al ancho mundo.
Paz al Congo, en cuyas fértiles orillas
resuena sin cesar el canto de los pájaros:
racimos de inmensa luz
rezuma el brillo de sus aldeas.
Paz a los segadores de la China,
a sus pescadores curtidos,
a la sangre de los revolucionarios derramada
hasta teñir la roja bandera.
Paz a los niños en sus poblados remotos,
a la sombra de sus manzanos floridos,
a todo lo que en sus faldas acarrean a la era
las doncellas en las noches de siega.
Paz, porque todos los años pasa la primavera
con su arco iris
por nuestros valles.
Si no hubieran acumulado tanto oro
ni buscado su brillo bajo la luz del día
–mientras marchaban muchedumbres hambrientas
al borde de esas montañas de metal
y sobre ellas caía, sin cesar, la sangre de todas las venas
o las partículas de polvo del universo entero–,
las madres no mecerían ahora sus cunas
sobre el abismo sombrío de las tumbas,
ni las esposas de los soldados dejarían correr
sus lágrimas por mares y desiertos.
No alzaría el viejo campesino hasta los ojos
su mano temblorosa para escrutar la oscuridad
de la tormenta, ni se inclinaría a escuchar,
aterrado por el recuerdo del diluvio destructor.
No lloraría el padre con angustia por sus hijos
caídos en combate,
ni por los que hubieran perdido los demás.
La mirada de los muertos no irrumpiría cual pesadilla
en el sueño de los amantes,
ni el graznido estridente de las sirenas:
"¡Alarma de combate...!" –Al despertar no hallarán
el claro fulgor de lámparas o estrellas,
sino tan sólo el estruendo de las armas
y el soplo feroz del viento–.
No preguntaría el niño inocente a su madre:
"¿Por qué no tenemos cielo en la ciudad?"
–Los bombarderos no mudarían el destino de los hombres
ni cubrirían el espacio las esquirlas–.
No se espantarían los refugiados en un grito
y las pupilas contemplarían el esplendor de Yafa,
que los usurpadores habrían abandonado
llevándose sus bayonetas sedientas,
los falsos testigos que alquilaron,
sus fortalezas blindadas de muerte.
Paz al ancho mundo,
de levante a poniente.
Paz al Avon, cuyas aguas regaron las venas
de Shakespeare, flores y parrales:
Despierte el poeta de la luz, que sobre la aurora
se cierne la amenaza de una nube tenebrosa,
bajo la cual camina Macbeth con cautela
para asesinar al durmiente...,
para matar al que inocente duerme.
Paz al París de Robespierre
y de Eluard, al bosque embrujado
donde en la última tarde a los amantes
alzó por los aires una fuerza irresistible,
cual remolino de vientos infernales.
En Túnez arden las sombras,
el mar ruge en la Rabat ensangrentada
y en las cercanías de China son derrotados
sus brutales y feroces bandoleros.
¡Gloria a ti, Asia!
Paz a Venecia y su Carnaval,
a sus brillantes luces acuáticas,
al murmurar de los enamorados en las sombras
y en la tibieza del diáfano claro de luna.

VIII
¿Pájaros o niños felices
o agua que de la roca mana?
Sus pies desnudos,
luminarias que en plena oscuridad relumbran.
Con ellos entraremos en el cubil del tirano,
desgarraremos las sombras de sus viejas madrigueras.
En deuda estamos con ellos:
son todo lo que nos queda.
¡Molinetes de papel que en las fiestas
giran alegres y alza el viento por los aires!
Con ellos nos alzaremos también
de las tinieblas de los siglos
hasta un mundo hecho de luz.

(Plomo, plomo, plomo, hierro,
hierro viejo...)
¡Para un mundo nuevo!

LA RAMERA CIEGA

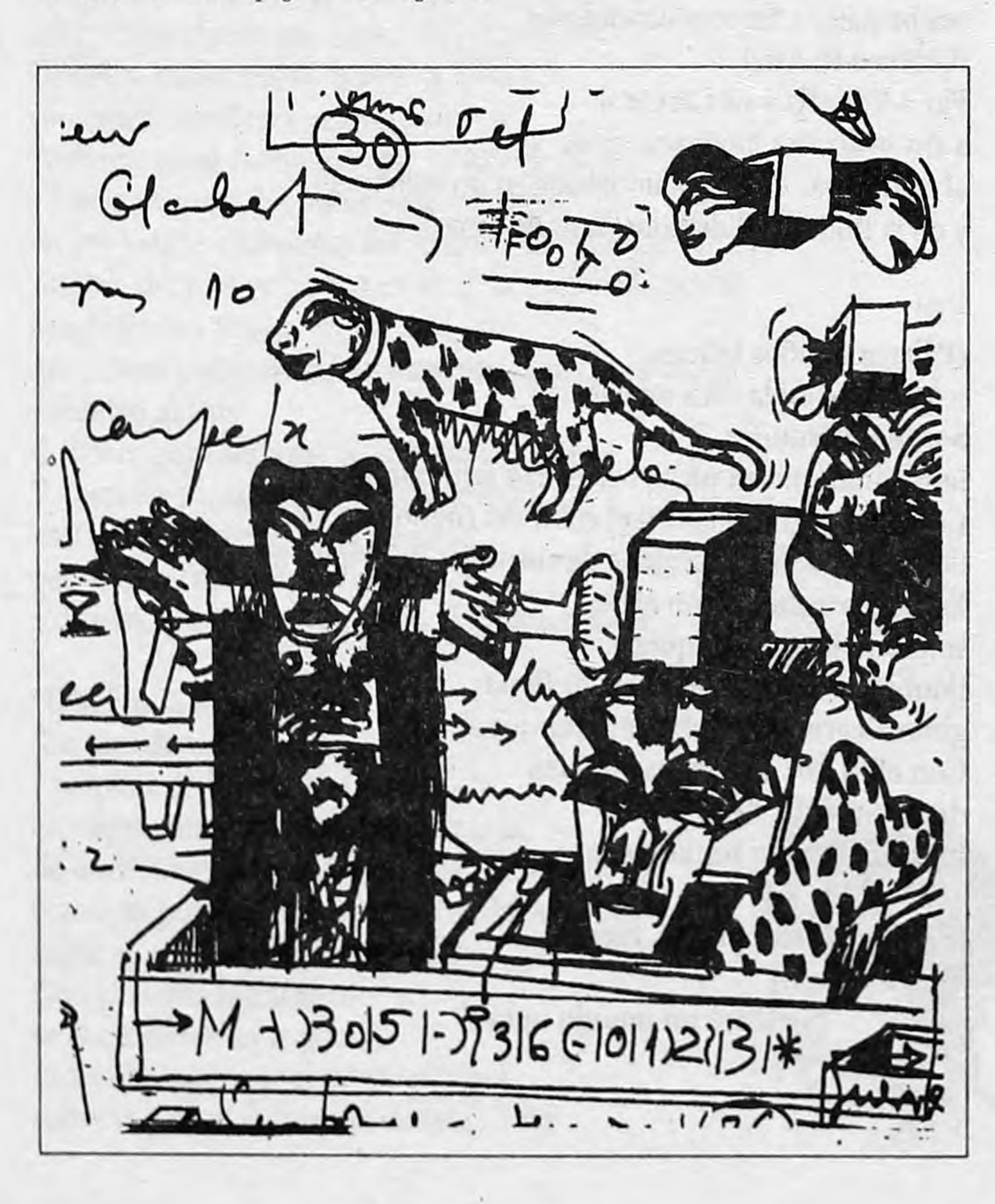
La noche se ha cerrado una vez más. Como una canción triste,
la ciudad y sus viandantes la beben hasta el fondo.
Los faroles de la calle se han abierto como adelfas,
cual ojos de Medusa que petrifican de odio el corazón,
oráculo que a los hombres anunciara el incendio de Babilonia.

¿De qué bosque ha venido esta noche, de qué cuevas?
¿De qué cubil de lobos?
¿De qué nido en los cementerios ha volado oscura,
como el cuervo?
¡Cubre, Caín, la sangre de tu crimen con flores y velos,
con cuantos perfumes quieras, con sonrisas de mujer,
con tiendas y cafés que entre luces palpitan!
La ciudad es ciega, cual murciélago en la claridad del día,
y aún más ciega de noche.
Y los viandantes,
costillas curvadas por temores y dudas,
ojos cansados que buscan una quimera en otros ojos
y cuentan las copas que relumbran en las tabernas.
Muertos que temen resucitar
y dijeron: "Huyamos".
¡Para refugiarse luego, de las tumbas, en las tumbas!

¿Quiénes son estos viandantes?
Nietos del ciego Edipo, sus videntes herederos.
Yocasta sigue viuda, como ayer.
Y a las puertas de Tebas, desde el espanto de la sombra,
aún propone la Esfinge su terrible adivinanza.
La muerte jadea al hacer esa eterna pregunta,
cuyo viejo sentido ya desapareció en el largo tiempo
que tardó la respuesta en desgarrar los labios.
¿Cuál es la respuesta?
"Yo", dijo uno de los transeúntes...
Por el bostezo infernal de una puerta
se escabullían luces donde flotaban las rameras,
cual mariposas sedientas que en el fuego buscaran
unas gotas o un chorro de agua.

No avances más, porque el burdel
es como la piel de la tierra
de la que hablaba el poeta: ante el barro revelador
de tus sandalias, tus hijos que duermen en el suelo
reirán y llorarán
o murmurarán de los actos de un padre
a quien absolvió la mañana, seguirán el eco de tus pasos
hasta que enmudezca.

Cuando las putas están exhaustas, el portero cansado
revolotea como pájaro en la jaula,



para calcular cuánto sueño llevan en la mirada.
Pero ya en labios y frentes desfallecen las sonrisas
y las pinturas y afeites son como madres huérfanas,
plañideras que balbucean en los ojos,
y en las carcajadas y falsos pasos tropiezan.
Como si sus pechos desnudos
hubieran sido coronados de flores
por los brazos de un soldado muerto.
Como si no fueran más que una escalera hacia el deseo,
tan llena de bocas y dientes que se ha venido abajo,
quedando tan sólo en pie algunos restos de piedra.

Cadáveres disimulados por el maquillaje,
quien los contempla casi olvida que, un día, la niñez
desbordaba en ellos como arroyo cantarín sus luces,
que la mañana, fuera de esta cueva, seguía su alegre
caminar entre la brisa y el cielo.
Casi olvida que la grieta que resquebraja la pintura
–hace años de pecado y sangre– era una boca
que reía o contaba historias cándidas a un padre
que a la tarde regresaba, si podía, con regalos,
a un padre que besaba la frente de su niña
o el rostro fresco, los brazos puros como crías de paloma.
Olvida que miles de bocas como pozos vacíos
absorberán de ese rostro, hasta el tuétano de los huesos,
las últimas gotas de pudor.
Olvida que una vergüenza como la peste
marcará esas frentes con una mancha
que sólo podrá lavar la sangre
–y que, cuando de ellas desaparezca,
marcará las de sus hijos–.
Ignora que los brazos blancos,
floración de manzanos silvestres en los prados,
rodearán cual anillos de serpiente las cinturas
de miles de hombres cansados, desterrados como Adán
del Paraíso a unos campos cuyas manzanas son sangre,
pan y dos tragos de alcohol, donde la culebra moteada
es una mera sombra del látigo de los tiranos.
Tú, borracho
que buscas en las prostitutas lo que deseas de las vírgenes
(soñando en ello desde que existes, sembrando
espumas marinas y conchas en el desierto,
esperando día y noche el nacimiento de Afrodita
entre las olas),
¿quieres de estas ruinas humanas saqueadas
el calor de la primavera,
la alegría del inocente cordero al alba,
el remedio que te cure la humillación,
la fatiga, el tedio?
El dinero, demonio de la ciudad,
ha obtenido de sus rehenes sólo estos envilecidos cuerpos,
en cuyas entrañas Fausto entona sin cesar una triste canción.
El dinero, demonio de la ciudad, es el nuevo dios de Fausto.
La abundancia de sus esclavos corre a la par
con el precio y el valor.
Harapos y pan es la ración que de sus dones reparte
a los siervos sumisos: no juventud y perlas,
sino rameras famélicas; no la belleza de Helena,
sino la sed maldecida; no la prudencia del júbilo alado,
sino el dolor y el pecado.
Los caballos del ocio relinchan al golpear con sus cascos
las piedras de la calle.
¡Arre!: El simón busca un pasajero,
mientras silba el viento y está la puta sin clientes
desde hace tanto... ¿Cómo subsistirá, si no te acuestas
con ella y otros como tú sus insinuaciones rechazan?
¿Acaso no tiene que comer, como tú, para vivir?
No temas que se asuste de tu ancho pecho devorado
y carcomido por la lepra. ¡Y tú, su hermano!
¿Qué quieres, qué buscas, ay de ti, entre los rostros?
¡Y tú, su padre! ¡Apuñala con tu navaja el aire...!
No la mataréis. No morirá:
Su violador seguirá dándole caza,
a la vereda la arrojarán las casas.
Y ella seguirá corriendo –mientras flechas de oro
ponen amarillo el aire–, perseguida de nuevo por Apolo,
cual si tras ella fuera el destino.
"¡Ampárame, padre mío!", murmurará cada vez
que a secuestrarla se acerquen las manos del dios.
Pero tú no escucharás su llamada.

¡Si la hubieras empapado de tu sudor y de tu sangre,
si hubieras hecho de ella, en justicia, una mujer,
y no un objeto de placer en venta,
habrías coronado ahora su frente de honores y de gloria!

Las miradas de las putas,
agujas con hilos enhebrados en las bobinas del vientre
que bordan sin cesar, entre ellas y los transeúntes,
algo como una tela de araña sacudida por un odio secreto:
¡Un odio que barrerá a los hombres
y a las otras, a las que duermen al lado de sus varones,
allá lejos, y velan el sueño de las cunas
y en casa de los parientes se reúnen junto a la lumbre,
sin tener que quitarse los vestidos
ni lavarse cuando hiela,
sin llevar la cuenta de los años y las noches!

Con un largo abrigo ondeando al viento
pasa un gigante que vende pájaros.
Desconcertado, porque no sabe qué hacer con las manos:
una sujeta los faldones del capote
y otra con el peso de la mercancía carga,
mientras al ritmo de sus pasos oscilan los cuellos de las aves,
ensangrentados como los pechos de las viejas
el día en que los invasores los cercenaron.
Va deprisa y su grito es largo: "¡Pájaros,
buenos pájaros, quién quiere...!"
Alarmadas por el eco,
de los cuartos de las rameras vienen hipos y jadeos.
Entre risas y toses,
una mano cercana le hace señas, pidiéndole que venga:
una ciega de pupilas apagadas
por la pasión sangrienta de los hombres.
Hasta tropezar con los pájaros lo palpa, cual si de una mirada
fija y atenta se tratara, con las yemas de los dedos y las palmas.
"Por la niña de tus ojos –le suplica–,
déjame verlos con la mano".
¡Y parece que el velo que ciega sus ojos se rasgara
y a ellos se asomara, en busca de luz, un corazón en llamas!
Alisa con suavidad unas alas moteadas y recuerda
temblando –mientras las acaricia– otras alas que vio un día.
Las vio con sus ojos: una bandada de ánades peregrinos
enfilaban hacia el sur con premura sus cuellos alegres.
Sus gritos entrecortados hicieron crecer apenas
el silencio de la tarde, mientras se fundían con la bruma
de la estepa. Los juncos abandonados murmuraban su tristeza
y agitaban la calma con sus voces tenues.
Un disparo... Todo enmudeció y luego, de pronto,
se alzó por el aire un estrépito loco.
¿Por qué ese escalofrío, si es un ánade?
¿Qué podría ser, si no? Quizá lo haya cazado tu padre
y, si es así, esta noche podréis cenar bien.
Sale corriendo hacia el río para ir a su encuentro:
su padre está segando la mies detrás de aquel cerro.
Seguro que se enfadará cuando la vea. Acaba el día
y ella, su única ayuda, no le ha echado una mano.
Y sigue remontando la colina, sin ocultar apenas
su desconsuelo...
... ...

¿Por qué habéis llegado, ay recuerdos,
en la ceguera y el insomnio?
No le deis tiempo a que recorra lentamente su dolor.
Contadle cómo murió, cómo estaba todo lleno de sangre:
él, las espigas, la tarde.
Y los ojos de los campesinos temblando abiertos y sumisos.
Y los murmullos: "Le vi robar..." Y el estremecimiento
de las bocas que se avergüenzan del difunto y gritan:
"¡Dios mío, Dios mío, si hubiera sido otro..., pero el viejo...!"
Y unos labios que se vuelven apretados hacia el muerto,
vengándose de él con amor, con tristeza, con nostalgia.
Y un susurrar de espigas y palmeras, de arroyos,
eco de los muertos que repiten en los campos:
"Le vi robar..."
¡Allá donde las mieses sangran a los cadáveres
para crecer en plena granazón!
... ...

Siente la sangre correr por algún lugar de su ceguera,
como el agua por la madera de los barcos



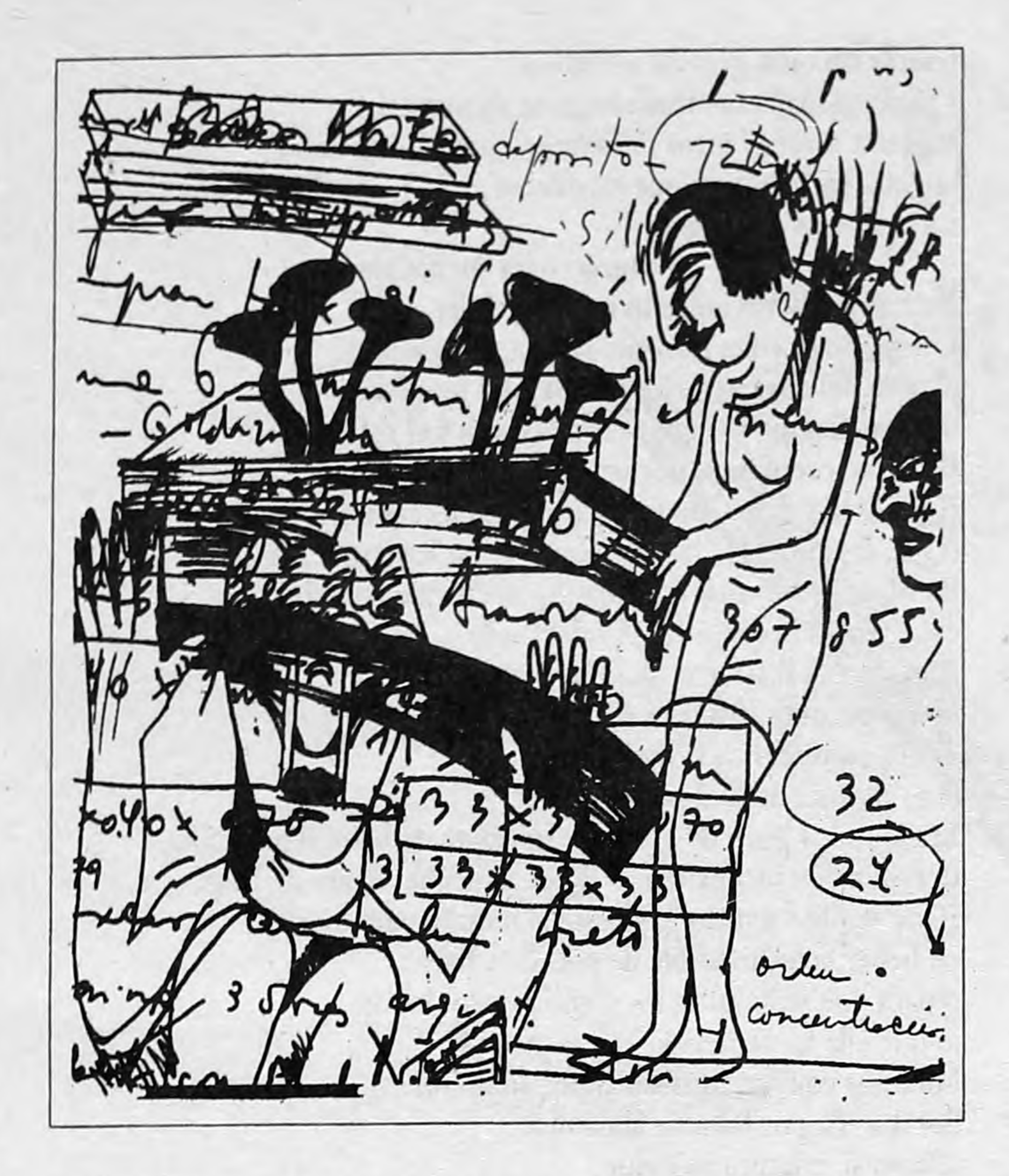
o el pus entre los féretros. Siente las lágrimas
brotar como hormigas en la roca,
como granos de arena que se esparcen por sus ojos
y descienden, ay, hasta el fondo del corazón.
¿Cómo reprocharle nada, si hay destinos ya escritos en la frente?
Sentenciada a ofrecerse en venta para vivir, como tantas otras
desgraciadas. Quiso el Señor del universo que su padre fuera
–entre miles– ese padre y no otro,
y le condenó a padecer hambre,
mientras en los campos granaba el trigo de la mañana a la tarde,
y decretó que robara y lo mataran... (Pidiendo clemencia, al cielo
levanta la cabeza, mientras de la sombra le mana un llanto seco).
Quiso Dios –honrado sea–
que mares y ciudades lejanas lanzaran hacia el Irak
miles y miles de soldados a saquear
–entre tantos callejones, entre cientos de muchachas–
el cuerpo de una pequeña ramera:
Jazmín, esa infeliz
(Era el nuevo nombre de su vecina. Ojalá supiera
si merecía llamarse así: Jazmín, Jazmín...)
¿Quién decidió que las mujeres
estuvieran por debajo de los hombres?
¿Que prostituirse fuera su único camino hacia el pan?
¡Quiso Dios –honrado y ensalzado sea–
que sólo hubiera putas o nodrizas o esclavas o sirvientas,
cuya castidad los ricos pudieran violar,
o mendigas que pudieran apetecer a los benefactores
que dan limosna!
¡Si no hubiera hembras! Y se oyen lejanas carcajadas:
De su trabajo de vigilante ha vuelto Abbás
y ante el umbral está con otros compañeros,
pero sus manos no ofrecerán ni se llevarán el agua
con la que se laven los huéspedes.
¡Si no hubiera hembras...! Y se oyen lejanas carcajadas.
Ojalá un mozo de cuerda se casara con ella
y por la tarde volviera
con el pan en la mano izquierda y el amor en la derecha.
Pero otra desgraciada le habló un día, llorando, de su casa
y de sus hijas, de su esposo policía que el crepúsculo arrastra
al barrio de las putas cual nube negra que infortunio y hambre
anunciara, con sus botones metálicos reflejándose en cerrojos
y candados cual pupilas de lobo hambriento que por el bosque
rondara, con sus pasos como martillos que en la negrura clavan
las puertas de las mancebías hasta el alba
–sólo se permite el trato a una ramera,
nadie sabe de qué modo escogida...–,
y así continúa su guardia con hastío, lanzando al aire
una canción que habla de flores, doncellas, espigas.
Y ella, mientras tanto, sigue esperando la mañana.
Pero cuando la luz llega –para acariciar a sus hijas,
ha tendido antes en la oscuridad sus brazos–,
oye tan sólo ladridos y el viento que gime como los muertos,
aúlla como los cautivos y recoge cientos, miles de espectros
por zanjas y escombros, por cuevas, tumbas, desiertos...
Con un escalofrío de terror, se cubre la cara con las sábanas.
Y entonces, cuando la primera luz triste de la aurora rocía

las copas del palmeral, regresa quejándose de la vigilia
el esposo, consumido –como nube que agota su vigor en la estepa
y aguarda, más allá de las colinas, nuevas fuerzas que ansía–,
para echarse a dormir hasta la tarde:
una vida más penosa que la muerte, una espera como la nada,
hambre que se traga de golpe la sangre
mezclada con veneno de víboras,
ojos de adúltero que la desean y persiguen como una epidemia
y contra ella lanzan, como un infierno,
rayos de burla, pasión, desprecio...
Y el dinero murmura: Te compraré, te compraré.
Y la comprará.
... ...
... ...

¡Ojalá terminara entonces su plazo y acabaran sus penas!
"Si pudiera matarme yo misma..." Susurro cuyo eco es ahogado
por otro que murmura: "¿Y el infierno? ¿Aguantarás sus llamas
con paciencia? ¿Y cuando se oscurezca y achique tu sepulcro,
y siga menguando hasta el fondo, hasta que la leche fluya
como chorros de fuego por tus dedos reventados,
y los dos ángeles te pregunten: por qué te suicidaste, pecadora,
y te arrastren al averno, para que expíes tu culpa?
¿Gritarás entonces: ¡padre!, y sacudiéndose el polvo
de las manos correrá hacia ti, diciendo: aquí estoy, Salima?"
Hasta su nombre ha perdido y ocultado bajo uno prestado:
Alba se hizo llamar, al quedarse ciega.
¡Qué amargo escarnio!
¿Dónde está el alba en las sombras que habita, sin estrellas,
sin luz del día, sin velas ni ventanas, sin fuego?
¿Y, a pesar de todo, temes encontrarte con tu Señor
o su infierno?
¿Acaso las tinieblas de la tumba, ciega cautiva,
son más bondadosas y amables que tu tiniebla?
¿Hallarás camino para huir, ah, presa a la intemperie
devorada por las fieras, cuando vuelvas la vista atrás
en el sendero?
... ...

Siente una lástima sorda de sí misma. ¿Por qué la violan?
El gato duerme junto a ella, en el sofá. ¿Por qué la saquean?
Dormita satisfecho, mientras ella está hambrienta
y aturdida por los ladridos y el viento,
por las carcajadas de los borrachos que resuenan
en la calleja. Va contando los pasos: aquí, allá,
éste es un cliente, ése llega ahora –inclina el cuello
para oír y casi lo roza–, y se marcha luego...
Hace una hora que están llamando
a la puerta de una casa... ¿Por qué la violan?
El tiempo anuncia su término y los clientes van saliendo.
¿Por qué la violan y mancillan en ayunas? ¿Por qué la hollan,
como esos caminos que las bestias de carga y los perros
recorren hasta la aurora?
El hambre carcome sus entrañas y los borrachos van saliendo.
Pasaron por ella en la tarde y al anochecer tejen un sueño
para ella, para ella y su destino:
La trama son las fibras de su corazón
y en los ojos están todos los nudos.
Y ahora vuelven a destruir
–hilo a hilo, desde el fondo de su alma, desde las heridas–
lo que no había en el sueño que tejieron,
lo que no comprenden, algo en ese sueño que tejieron
y no reconocen, algo más que el mismo sueño
–como el murmullo del viento en las frondas, como la poesía
con ritmo y rima y sentido, como la mañana–,
algo más que su sol limpio...
Y se retiraron ebrios, riendo. ¡Que se vayan!
Ella vivirá, porque es más fuerte que la tos y la ceguera,
más fuerte que el alboroto de todos los borrachos.
¡Abandónala, tristeza!
Pasará un año de hambre, tal vez más, pero no morirá,
reunirá fuerzas para alimentar en su vientre
el fuego del rencor.
Vivirá para su venganza terrible,
con la enfermedad en la boca y en la sangre.
Desde su ruina, escupirá en las venas de todos sus hombres
un espectro de sangre y fuego, el espectro del hombre
que un día vino a ella y le arrebató la vista,
un fantasma que a todos los demás devolverá,
porque mataron a su padre, porque se apoderaron de ella
para divertirse, sin sentir piedad por su niñez,
y no quisieron casarse con ella porque era pobre
y la engañaron, abusando de su ingenuidad, con promesas,
y la difamación de los murmuradores incitó a su parentela
a buscarla por calles y caminos, sedientos de su sangre.
Mientras duerme en el lecho de su ceguera,
sube hasta ella el eco de la ciudad
como una ola de tristeza y rencor
que fuera arrastrando imágenes a la pupila del corazón:
¿Todos los hombres? ¿Toda la gente de su aldea?
¿No hay ninguna persona buena?
Hay hambrientos, como ella o su padre, miserables,
hombres remunerados, como ella y como miles de rameras,
con el pan y los andrajos,
que tan sólo poseen su cuerpo humillado.
Culpables sin culpa, ebrios de vino y desgracias
como esos que ahora pasan...
¡Libertinos sin libertinaje –como quienes con ella se acuestan–,
que se beben el dinero de la cena
y esconden en el zapato los agujeros de sus calcetines gastados,
que regatean el precio a las putas por la tarde
para el desayuno poder ahorrarse!
No son éstos de la estirpe de violadores violentos:
son como dioses de piedra que, fruncido el ceño,
sorben poco a poco la belleza y la sangre de la víctimas
temerosas, lanzando a las criaturas miradas
cual rayos que de los cielos bajaran.
Los pasos de los borrachos le hacen sentir en las venas
la desolación de todas las lluvias del invierno,
como el prisionero que pega su oído al muro
para escuchar un repique de atabales
en las últimas luces del crepúsculo.
Las rameras y ella detrás de un muro, tras de otro muro
los ebrios, buscando ellas a los hombres, a las mujeres
buscando ellos. Ensangrentados los femeninos dedos
por socavar la piedra que no cede: el muro se las traga
y las vomita como un montón de barro, cual ídolo que eternizara
la vergüenza de Adán, la expulsión de los profetas,
¡como ruinas de un cementerio donde reposaran
los restos mortales de Abel, el sepultado!
De un muro semejante le hablaron en los cuentos de la infancia:
Gog le clavaba enfurecido sus largas uñas y los sordos peñascos
mordía, mientras Magog abatía sobre los sillares colosales,
con áspera violencia, sus pesadas manos... Pero el muro
permanecía indestructible. Y así hubiera seguido mil años,
si un niño al que llamaban
"Si-dios-quiere"
no hubiera de un soplido derribado la inmensa muralla...
Pero al niño le han salido canas y su muro, el de ella,
aún sigue en pie, tal como lo vieron las criaturas
antes del tiempo de Gog. ¡Al infierno ese monstruo cabezón!
El ladrón que por montes y llanos robaba las piedras





de las casas, en sus habitaciones entraba dando saltos,
y los niños reían y las madres parían
y los padres sonreían al porvenir...,
pero hoy ya no queda una sola piedra
y las casas son como el aire o las quimeras.
Con pedazos de baldosas fabricó una muela de molino
y allá mezcló carne y huesos de los fetos
que en los vientres crecían, y dio vueltas a la rueda...
Como dos costas estrelladas en un golfo de sombras
que arden sin encontrarse y se apagan
dejando apenas un puñado de cenizas,
apartó a los hombres de las mujeres: dos clases de criaturas,
que se encuentran en la oscuridad y en la luz se separan:
un fornicador y una prostituta,
una que vende y uno que compra.
¡Y en las venas no late el amor, sino la necesidad,
no el deseo, sino el odio!
¿Un fornicador y una prostituta...?
¿Es posible que aún esté sin cenar? ¿Por qué la esquivan,
sólo a ella, los clientes? ¿Por qué la evitan,
si es una pobre mendiga, la más pobre de todas?
¿No es como las demás mujeres? ¿No tiene un cuerpo de fruta
madura? ¿Cómo no tropiezan con ella, si recorren la noche
–y el día– buscando en otras su misma belleza,
la frescura de sus senos redondos, su juventud,
y también su precio? ¿Qué otra cosa desean?
¿Zuhur o Suad, son más hermosas? ¿En qué son sus vecinas
mejores que ella?
Y se muerde una mano, murmurando: "¡Son los ojos...!"
Eres ciega, Salima, y tu mala fortuna también...
De pronto, el eco de una vieja canción
le perfuma el alma en un susurro:
"Ay Salima, Salima,
el sueño ha cerrado
los párpados de los mozos.
¡Ay! ¿Quién arrullará entonces
mi corazón?"
¡Ay de los necios! ¡Ay de la niña ciega!
¿Por qué evitan encontrarse con ella?
¿Acaso quieren acostarse con sus ojos
y al ver que está ciega la dejan sola?
¿Por qué la tratan con ese desdén,
si no son muslos ni nalgas sus pupilas?
Pero ella
los conoce, ya sabe lo que ansían en las putas.
Ayer, cuando veía,
tenía cientos de clientes. No se contentaban
sólo con su mirada clara, donde asomaba su alma cautiva
y derrotada para humedecer como el rocío el corazón
de los hombres. Le lanzaban al rostro alquilado
el aliento del vino y rugían
como el trueno en las noches de invierno,
al pasar más allá de su sonrisa.
O el camisón que, resbalando, dejaba ver el muslo.
O los pechos, en los que reverberaba el temblor de las luces.
"Si no te despojaras, como cuando viniste al mundo,
si no te desnudaras... ¡No habría dinero...!"
Quizá fueran los celos y el rencor de Jazmín
la causa de la tragedia: Era quien la maquillaba
y le espolvoreaba el rostro, para que en él se apagara
el fuego de las miradas...
–"¿Qué tal el maquillaje?
¿Cómo estoy...?"–
–"Una rosa..., como la luna..., ¡la luz misma!"–
Falso, todo era falso.
El mundo entero es mentira y falsedad.
¡Si pudiera mirarse en el espejo –tan sólo una mirada–,
si pudiera verse –el vuelo de una estrella fugaz–,
aunque se hundiera de nuevo en la oscuridad!
Un relámpago que se apagase... Podría dominar con las manos
la raya del pelo y la forma de la boca,
dibujar con la pintura el borde de los labios.
Tus labios están desnudos, Salima,
y tus mejillas no son ya tus mejillas.
¿Qué ha quedado en ellas de ti, sino las viejas heridas?
Sus recuerdos dolidos adorna con la rosa de su corazón sediento:
¡Aquellos juegos de coqueta, cuando era una muchacha distinta!
Sus pupilas como arroyos,
en cuyas aguas se bañaban las estrellas.
Sus cabellos sedientos
de la humedad del aroma, del deseo, de la brisa,
como luces del camino que bajo la noche lluviosa dormitan.
Su boca, entre la flor del granado
y los pequeños botones de sus pechos.
Sentada ante el espejo, su misma juventud la enamoraba,
los senos se apretaba con las manos
y al palacio del príncipe sus sueños la llevaban,
desde el destierro en la alcoba del pecado:
allí se alimentaba de miel pura,
con vestidos de seda engalanada.
¡Que los astros se desplomen como carbón apagado
y sean los cielos derribos de ceniza o brea!
¡Que los diluvios y huracanes conviertan en llanuras
las firmes montañas!
¡Que en las ciudades no quede en pie ni una sola de sus casas!
Que el hombre siga buscando la infelicidad
hasta en sueños y en quimeras, que viva sin esperanza...
¿No es esto el infierno? ¿No es justo que desaparezca?
Las moscas han acabado de hurgar, saciadas, en la basura
de la ciudad. Los caballos, desenganchados de sus carros,
van sueltos a las cuadras o los campos. La gente duerme,
pero ella, sin cenar, aún espera a los adúlteros.
Ése a quien se ofreció como mercancía vieja: zapatos,
jarras desconchadas, discos usados...
¡Ese otro que no quiso comprarla, porque entonces compraría
lo que había sido, un día, la honra, la reputación de la mujer!
Al fijar la mirada pecadora en él, la sangre parecía
bajar de precio, el espacio se achicaba. Era el desdén,
el orgullo arrogante, el honor altivo.
¡Miradlo, ojos de la tiniebla, llenaos de vuestra pequeñez,
maldecidlo con la llama de vuestra vergüenza
y vuestro desprecio, ojos ignorantes!
–"No me dejéis, ebrios,
morir de hambre, pues tras de mi muerte
–como la de todos los seres vivos– sentiréis vergüenza.
No os inquietéis... Mi ceguera no es venerable
ni digna de respeto. Aún sé hacer temblar mi risa
bajo el camisón –y mientras me desnudo–, cómo bailar
lánguidamente, cómo estirar las sábanas mientras miro
hacia atrás de reojo. Aún sé hacer todo eso.
¡Probadme, ebrios!
No sufrirá daño alguno
quien se acueste con la árabe morena.
Eres del color del trigo, hija de los árabes,
como el alba entre las parras,
como las dos orillas del Éufrates:
la suavidad de la tierra fértil y la voracidad del oro.
¡No me dejéis..., porque mi apellido es Doha,
linaje de profetas, guerreros, conquistadores!
Soy árabe: mi madre, de la mejor sangre...,
como decía mi padre.
Por el lugar más inmundo de mi cuerpo, por mis pechos



desdeñados, corre sangre de conquistadores.
Pero la mancillaron, ay, los hombres con su sexo...
Ayer fue devastada por soldados que venían del mar,
como un hervidero de gusanos.
Ojalá los ojos de los muertos fueran polvo por el aire,
para que vieran mi pena,
para que viera mi padre su sangre limpia
salir a borbotones, como el fango en los pantanos.
¡Otro padre no hubiera rechazado a mis pretendientes
porque la abuela de la madre de éste fuera una sirvienta
o la mujer del tío materno de ése fuera sobrina de aquéllos!
Yo, borrachos, de todos los clientes
sólo rechazo a los insolventes que piden crédito.
Yo soy la flor de los pantanos, que bebo lodo y barro
y difundo los colores de Doha, el color de la mañana..."
La tos le recordó
el ronco bramido de los años. ¡Se fue la juventud!
¡Se fue la juventud! Despídete de ella con cuarenta años
y los hombres que pasan despectivos frente a tu puerta.
Han llegado las canas, cubriendo tu alma de dolor y niebla.
Sin ropas ni comida, recíbelas en la acera.
Ojalá palpite aún, vacilante y triste, la luz del quinqué
en la larga noche de tu alcoba. Ojalá puedas quemar
esa sangre seca y comprarte otra: como el quinqué
y el petróleo que alquilas.
Han pasado veinte años, te han brotado canas
y el resplandor de ese quinqué sigue deslumbrando
los ojos de los hombres.
Si en esos años hubieras ahorrado el alquiler de su destello,
ahora serías rica...
¿Pero, qué alumbra ahora, de qué eres dueña?
¡Ay del Irak! ¿Es justo que pagues el insomnio
de tus ciegas pupilas
al precio de llenar tus manos de un petróleo
inagotable en sus pozos?
¿Qué provecho obtendrás de una lámpara, de una luz que no ves?
¡Han pasado veinte años, y de pura hambre devoras
a tus hijos, de pura sed bebes de tus pezones
una leche que mana de los cartílagos de los fetos!
Como el labrador que se ha comido las semillas
y ahora, de hambre, arranca las raíces,
y al llegar la primavera no se abrirán las flores
ni despuntarán las espigas,
sino piedras y arena,
sino la sequedad del desierto,
sin saberlo has traicionado a la vida, en tu lucha por vivirla.
¡Cuántas veces la muerte de tus hijos mantuvo a raya tu muerte!
Cortas la cuerda de la vida para deshacerla
y trenzar otra distinta, una soga de la que pendes
sobre la vida: ¡yacerás con los hombres sin más fruto
que el llanto, comerás,
velarás sin ojos, gritarás sin labios,
y mañana, con esa misma soga, te ahorcarás!
Mañana. Ayer. Y otros mil ayeres, como si el tiempo
borrara las fronteras que estableces entre lo que ha pasado
y lo que está por llegar
y luego dará vueltas sin cesar.
No hay fronteras entre tu noche y el día.
Luego, no quedan más que la vida, las sombras,
el peso del cuerpo de los clientes, las monedas.
¡No hay tiempo ni lugar, salvo la cama y el sofá!
¿Por qué cuentas las noches monótonas de insomnio y hastío?
¿Qué es la vida? ¿Qué son, para ti, los meses y los días?
¿Qué, los años? Ha muerto Raxá, ya no hay esperanza.
¡Perdiste tu flor más querida! Ayer, cuando contabas,
era su edad lo que estabas calculando.
Aún sientes el frescor de su boca pequeña
en tus pezones, sus risas en la cama.
Era tu consuelo en la desgracia,
la primavera de tu desierto estéril.
Era lo único puro de tu oficio, un soplo de brisa al mediodía,
tu redención prometida, el fin de la noche oscura de Dios.
¿Qué sentido tenía que viniera al mundo para morir?
¿A beber la leche turbia de pecado y babas
o para que se llevaran los dientes de los lobos
lo que ella había dejado en tus pechos?
Mientras contigo fornicaban los adúlteros,
lloraba ella por falta de alimento.
¡Como si, criatura inocente,
compartiera contigo el dolor para expiar un pecado!
¿Le hubieras deseado tu mismo destino?
Déjala en la tierra,
que a la sombra de su pequeño sepulcro duerma
un sueño sin retorno.
Porque la luz, las sonrisas y los niños
son cosa de ricos,
y el hambre, la enfermedad y el exilio
son cosa de los que se ganan el sustento.
Y tú eres hija de proletarios.
... ...

Ya no hay ruidos. Pero sigues, atento el oído,
a la espera de clientes.
Escuchas el eco de los cerrojos que se apaga con tedio:
la puerta se ha cerrado.
Esta noche ya pasó...
Otra igual te espera.

De *Las celosías de la hija del marqués* e *Iqbal*

LAS CELOSÍAS DE LA HIJA DEL MARQUÉS

Recuerdo una mañana de invierno en la aldea,
en que la luz rezumaba de las nubes
cual escala de notas que fluyera
por los agujeros de una flauta
e hiciera temblar a las sombras con sus sones.
Una mañana antes de... ¿Cómo calcular la fecha?
Yo era entonces un niño que sonreía a su noche y a su día,
que de tan negra y tan blanco tenían las ramas fragantes
cargadas de ojos de huríes.
Durante largas horas –el abuelo con su voz tronante
reía o cantaba a la sombra de la choza de bambúes,
los campesinos imploraban: "Haz caer tu lluvia, Señor",
mis hermanos jugaban a cazar, con Ahmed el guarda,
mariposas y liebres en el cañaveral–
mirábamos el reflejo moreno de la cabaña en el río
o alzábamos la vista a las nubes: la lluvia caerá.
El retumbar del cielo resonó en el lecho del río
y alumbradas por el destello del relámpago
temblaron las copas del palmeral,
un instante azules, verdes luego, apagadas al fin.
Allá en lo alto se abrieron las compuertas
de la lluvia torrencial
y el río, al irse llenando, reía coronado de espumas,
ora verde, ora oscuro, desbordado en quejas y melodías.



Y bajo los ramos de las palmeras, donde llovía sin cesar,
las burbujas de agua bailaban y estallaban como dátiles
maduros en manos de la Virgen, que sacudía con ansia
el tronco esbelto del árbol (La corona de tu hijo es de luz,
no de oro. Por él será crucificado el amor al prójimo,
sanarán los ciegos, y resucitará en el fondo del sepulcro
rendido por el cansancio de tan largo viaje a las tinieblas.
Revestirá sus huesos la carne.
¡Y hacia el amor lanzado, arderá su helado corazón!)

Relámpagos en los cielos... Donde el río serpentea
se vio brillar y flotar colgado por el aire,
sin apenas besar las aguas,
el ajimez rodeado de flores de la hija del marqués
(blancos collares de rocío brotando de la hiedra)
y Asia la bella, con los párpados alcoholados
de sueño y de dolor.

¡Ay, lluvia! ¡Tú, el de Alepo!
Deja paso a las hijas del dueño.
¡Lluvia de gasa!
Deja paso a las hijas del pachá.
¡Lluvia dorada!

Las calles quedaron cortadas. Ocultas y cortadas
por las tijeras de la lluvia interminable.
Con troncos de palmera cercaron los vados del torrente,
como náufragos del barco de Simbad,
como esa verde historia que Ahmed el guarda aplazaba
y dejaba para el día siguiente,
mientras se movía por la habitación con vasos de té,
acariciaba su fusil, tosía y lanzaba por el balcón
una mirada que atravesaba las tinieblas.
Y mi hermano el charlatán gritaba: "¡Abuelo!
¿Seguiremos esperando en la oscuridad
de esta húmeda cabaña?
¿Cuándo dejará de llover?"

Truenos en los cielos... Se vieron estallar
y volar por los aires
las celosías de la hija del marqués...
Luego, allá en el horizonte
brilló en todo su esplendor el arco iris.
Y allá, donde las celosías de la bella robaban las miradas,
sólo pudieron ver los ojos un crepúsculo escarlata.

Treinta años han pasado. Y he crecido.
¡Cuánto amor y cuánta pena ardieron en mi corazón!
Pero yo, siempre que bate palmas el trueno,
miro hacia arriba, esperanzado:
¡Quizá reluzcan las celosías del ajimez
y pueda ver a la hija del marqués que acude a nuestra cita!
Mas no la he visto nunca. Todos mis deseos son de aire,
árbol vano sin flores y sin frutos.

Londres, 24. II. 1963

AZADÓN DE PIEDRA

Los golpes del azadón de piedra en mi pulso tembloroso
destrozan en mi fantasía la imagen de la tierra,
demuelen la torre de Babel, arrancan las puertas,
derriban los rojos ladrillos, incendian sus jardines
colgantes, ya sin agua ni sombra, ni flores.
Cual prófugo me arrojan a una caverna
sin roca que su entrada proteja, sin fuego
que en su oquedad alumbre con el color de la sangre
la negrura de la noche, un fuego que me haga vivir
y que yo pueda revivir.
Venid, fieras carnívoras, tigres, leones,
y desgarrad al hombre cuando sienta escalofríos
ante el trueno que la noche propaga en un inmenso rugido
que hace estremecerse a las tumbas.
Mi cerebro, heredero de los siglos, ha cruzado el estrépito
de los mundos, mas ahora servirá de alimento a este mal
que paraliza mis piernas y me ata las manos al corazón:
Palabras más ciertas que la profecía de cualquier oráculo
que haya aprendido de los caminos de los astros
a custodiar los arcanos y le fuera revelado
lo que, agazapado, nos espera.
Cuando hablen los médicos, que callen los adivinos
y los vendedores de habas.
Los golpes del azadón de piedra avanzan hacia mis miembros.
Dentro de poco seré incapaz de escribir un solo verso
que por mi alucinación vague perdido.
Pero tú, ah quimera, reúne horizontes, espacios, mil cielos,
haz estallar algunas de tus estrellas,
millones de soles y luces,
devasta mi sangre con un seísmo ardiente,
para que antes de mi muerte o mi locura,
antes de que el cansancio final atrofie mis dedos,
pueda escribir todos mis recuerdos y emociones,
todos mis sueños y espejismos,
y en el papel vierta mi alma huérfana.
Cuando, después de muchos años, un desgraciado lo lea,
sabrá que otro más desgraciado habitó este mundo
y, sin embargo, a pesar del desamparo de la enfermedad,
a pesar del insomnio y los dolores, a pesar de la miseria,
juró seguir viviendo.
Ah, mal mío, máscara de la muerte,
¿crees que temeré descubrirla tras de ti?
Deja de enseñar la dentadura amarilla y las cuencas vacías,
donde ya veo
legiones y ejércitos de gusanos que chupan lentamente
los ojos, en silencio.
Deja que la sangre corra por mi nariz y mis ojos.
Dónde están mi padre y mi madre..., dónde mi abuelo.
Dónde están mis antepasados, con sus nombres escritos
en el agua.
Apenas deseo escribir ya mi nombre en el agua.
Adiós, compañeros, amigos queridos.
Si queréis recordarme,
recordadme en una noche de luna clara,
aunque sólo sea un nombre perdido entre muchos.
Adiós, amigos queridos...

Índice

Por amor a la vida

DONE SUS ORGANOS

La única esperanza de vida de muchos niños, jóvenes y adultos depende del trasplante, y las familias donantes hallan alivio a su dolor por ese generoso acto que valoriza la vida de sus semejantes.

Para cualquier gestión dirigirse a:

C.U.C.A.I.B.A.

Centro Unico Coordinador de Ablación e Implante de la Provincia de Buenos Aires.
Calle 51 Nº 1120 e/17 y 18 La Plata.
Teléfonos (021) 52-8703 / 53-5713 / 53-9913 / 53-9914 FAX: (021) 53-3633

Sede C.U.C.A.I.B.A. en Capital Federal

Casa de la Provincia de Buenos Aires.
Callao 237 C.P. 1022 Capital Federal.
Teléfonos (01) 40-3587 / Conmutador 40-7045/46 int. 202 FAX (01) 446-2880

C.R.A.I. Norte

Centro Regional de Ablación e Implante Norte.
Hospital Interzonal General de Agudos "Eva Perón" - Ruta 8 y Diego Pombo - Partido de San Martín.
Teléfonos (01) 754-2189 / 2190 / 2191
FAX (01) 754-2192

C.R.A.I. Sur

Centro Regional de Ablación e Implante Sur.
Hospital Interzonal General de Agudos "San Martín" - Calle 1 e/ 69 y 70 - La Plata.
Teléfonos (021) 27-0117 / 27-0133 - FAX 25-9224

Ley Provincial 10.586

En este delicado tema de salud, el gobierno bonaerense da respuestas.

El **C.U.C.A.I.B.A., Centro Unico Coordinador de la Provincia de Buenos Aires,** es el Organismo encargado de desarrollar esta actividad específica.

El Gobierno Provincial por intermedio del fondo de Trasplantes garantiza la financiación de trasplantes para todo ciudadano bonaerense que no posea cobertura social o medios para realizarlo.

¡Comprométase con la vida!



MINISTERIO DE SALUD

UN COMPROMISO DEL GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

